

A close-up photograph of a woman with long, wavy brown hair and bright red lipstick. She is covering her eyes with her right hand, with her fingers spread. Her left eye is wide open and looking directly at the camera with a surprised expression. The background is a solid, vibrant pink color.

Ladrona de
BESOS

Fanny Ramírez

Ladrona de besos
FANNY RAMÍREZ

Sinopsis

Ariadna tenía un pasatiempo de lo más pintoresco y ese era robarle besos a Marcos.

Éste se fue volviendo adicto a cada beso inesperado, uno, dos, tres, once besos fueron suficientes para caer irremediablemente.

Copyright © 2018 Fanny Ramírez

Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Enero 2018

estefania_ramirez_lago@hotmail.com

Banco de imagen: Fotolia

Diseño de portada: Priscila Serrano

Maquetación: Priscila Serrano

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Primer Beso](#)

[Capítulo 2](#)

[Segundo beso, entre fragancias](#)

[Capítulo 3](#)

[Tercer beso, con música de fondo](#)

[Capítulo 4](#)

[Cuarto beso, con sabor a gominolas](#)

[Capítulo 5](#)

[Quinto beso, con doble de queso](#)

[Capítulo 6](#)

[Sexto beso, enmascarado](#)

[Capítulo 7](#)

[Séptimo beso, sudoroso](#)

[Capítulo 8](#)

[Octavo beso, a toda velocidad](#)

[Capítulo 9](#)

[Noveno beso bajo el agua](#)

[Capítulo 10](#)

[Décimo beso, made in Ari](#)

[Capítulo 11](#)

[Undécimo beso, furioso](#)

[Capítulo 12](#)

[Recordando el primer beso](#)

[Seguirme en mis cuentas:](#)

[Facebook: Fanny Ramírez](#)

[Instagram: Tfanny's](#)

Prólogo



—No es justo que siempre me robes los besos, parezco retrasado cuando mi mente intenta asimilar la situación.

Me acerco a él y muerdo su barbilla con deleite. Estamos en el balcón de casa, con el bonito ocaso tiñendo las fachadas de un color anaranjado.

—A mí me encantas cuando te quedas sorprendido y embrujado.

Ríe y yo me derrito en sus brazos. Amo su risa y todo lo que salga de esos labios que tanto me gusta besar.

—A mí me encantas tú. —me abraza y acerca sus jugosa boca a la mía.

—Cariño —lo llamo.

—¿Sí? —se acerca un poco más.

—Creo que te suena el móvil, escucha.

Pestañea y mira un punto fijo intentando escuchar el falso sonido de su teléfono. Aprovecho la oportunidad y le robo otro infinito beso que me sabe a gloria y hace hervir mi sangre. Después de unos segundos lo tengo con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Lo que llama él quedarse como un retrasado yo lo llamo ser adorable y malditamente follable. Suspira en derrota y sus párpados se abren dejándome ver sus preciosos ojos plateados.

—Eres una ladrona muy listilla.

Sonríó bobaliconamente.

—Soy toda una profesional... —contesto con arrogancia.

—Llevas un mes de práctica. —arquea una ceja.

—Soy toda una ladrona de besos.

—Mí ladrona de besos, mía y solo mía.

Y sus labios se presionan contra los míos siendo el primer beso que él me roba... sin duda, había aprendido de la mejor.

Capítulo 1

Primer Beso



Me miré en el espejo de cuerpo entero, sonriendo satisfecha. El conjunto nuevo me quedaba de muerte. Qué digo de muerte, me quedaba fabuloso. Cualquiera diría que no tengo abuela que me diga lo bonita que soy, pero la muy perra seguía vivita y coleando al igual que su hija, mi madre, para ser exactos.

Me encantaba lo que veía en el reflejo. Una mujer independiente, segura de sí misma y preciosa, por muy mal que suene que lo diga una misma. ¿Pero qué le hago? No tengo pareja ni familia que me lo diga.

Salí de casa habiendo cerrado la puerta con llave y empecé a calentar yendo a buen ritmo. A esa hora siempre me encontraba con las mismas personas, ya bien sea caminando o corriendo.

Me aparté el sudor de la frente y seguí trotando a buen ritmo. Llevaba tres kilómetros y aún me quedaban otros tres para terminar mi ruta diaria. Mis pulmones empezaron a arder pero seguí a mi ritmo haciendo caso omiso al malestar familiar que recorría mi cuerpo. Era la primera vez que cogía por éste sitio y solo porque estaba cansada de ver el mismo recorrido todos los días. Sin contar el mismo perro, de raza pastor alemán, que intentaba follarse mi pierna hasta que el imbécil de su dueño le daba por llamarlo, liberando así

a mi pobre extremidad.

Inspira, expira, ins...

Pero la última exhalación se me quedó atascada en la garganta en cuanto vi a un grupo de chicos a cual más tremendo. Eran jóvenes, sanos y estaban para comérselos, uno después de otro y sin siquiera aderezo o guarnición. Intenté respirar con normalidad por lo menos para no ser tan obvia, pero en mediante me fui acercando, uno de ellos captó demasiado mi atención. Pelo castaño, corto por los lados y un poco más largo por arriba; cara de muñeco y boca color manzana madura; sus labios me atraían como un imán.

Sus amigos advirtieron de mi presencia menos él y no me lo pensé dos veces. Paré junto a él, agarré sus mejillas y estampé mi boca contra la suya cogiéndolo por sorpresa.

Me daba exactamente igual que tuviera novia, mujer e incluso hijos. Llamémoslo: locura de una loca muy loca. Lo besé hasta quedarme sin aliento solo deleitándome con la suavidad de esos labios tiernos y gorditos que se convirtieron en mi adicción desde ese mismo instante.

Me separé de él con la respiración sofocada, por la carrera, y el maldito beso más intenso de mi vida. Sus ojos estaban cerrados y su boca apiñada me llamaba de nuevo a besarlo. Pero no lo hice, me contuve con todo el dolor de mi corazón, no quería abusar de mi suerte. Sonreí en cuanto sus ojos grises fueron desenfocados visibles a través de sus espesas pestañas y seguí con mi carrera dejando atrás los abucheos y vítores que le daban sus amigos, sin darle la oportunidad de verme bien siquiera. Dejé atrás al chico sin nombre, de labios rojos y ojos plateados.

—¡Joder Ari! Estás loca de la cabeza.

Su chillido hizo que me crispase un poco, ella creía ser la voz de la cordura y no había cosa que me molestara más. Aun así no dejé de sonreír.

—Ya lo sé —respondí con voz cansina—, pero conseguí robarle un beso... —canturreé mientras miraba el techo de mi habitación imaginando a ese adonis colgado de la lámpara, gloriosamente desnudo. «¡Ñam, ñam!»

—¡Ariadna!

Pegué un respingo y borré la sonrisa idiota de mi cara en cuanto caí en la cuenta, de que no estaba sola. Miré a mi amiga que a su vez me observaba como quisiera arrancarme una oreja.

—No dejaré que te acerques a mis orejas —dije tapándomelas. Una de las manías de mi querida amiga, era tirar de ellas, como si fuese mi padre cada vez que me regañaba.

Sonia cerró los ojos frustrada y lanzó un gruñido junto con un cojín a mi dirección.

—¿Qué harás si una novia celosa viene a agarrarte de las greñas? —expuso con voz grave y alzando las manos. Estaba desesperada y al borde del colapso, algo normal en ella cuando lidiaba conmigo y mis locuras.

—Pues le diré que tiene un novio putamente follable, con unos labios putamente follables —contesté con simpleza, encogiéndome de hombros y saltando de mi cama para ir a coger algo de comer.

Sonia me siguió como era de esperar.

Vivía sola desde hace un año y medio, cosa que me encantaba. Aunque, más bien, tenía a Sonia todos los santos días por allí, no era vivir sola solísima de todas formas. Ella aún vivía con sus padres pero venía a comerse mi comida y a regañarme por mis locuras diarias. O sea ser, cada día, a cada hora. Y no era a cada minuto porque tenía responsabilidades que atender, una de ellas trabajar.

—¿Cómo sabes que no es un acosador y te siguió hasta aquí?

Me di la vuelta encarándola y alcé una ceja a la vez que una media sonrisa curvó mis labios. Conociéndome como me conoce, no sé por qué coño seguía

preguntándome esas cosas.

—Pues le haría pasar una de las mejores noches de su vida —suelto a boca jarro, sin anestesia ni nada. Obvio no estaba hablando en serio, no estaba tan loca para dejar pasar a un depravado a mi casa. Pero algo me decía que ese muchacho, no era de ese tercio.

Reí al ver su cara de horror y seguí andando hasta llegar a mi cocina donde empecé a prepararme unos cereales de miel con leche y cacao. Merienda de campeones, sí señor. Parecía mentira que fuera toda una adulta. Mi niña interior se negaba a salir de mi sistema, por mucho que quisiera. Pero tampoco es que me quejara, estaba enamorada de mí tal cual era y a quien no le gustase solo tenía que dar media vuelta y largarse por donde había venido. Cosa de lo que estaba malditamente acostumbrado desgraciadamente. Los chicos huían de mi forma de ser, ¿amigos? Solo Sonia pudo entenderme y quererme así tal cual. Pero oye... no es que me quejara. Yo era de lo más feliz.

—Estás como una cabra, Ari. No sé cómo sigues viva —murmuró, llegando hasta mí, mirándome con esa cara de madre protectora que siempre le salía conmigo.

Y aunque no se lo dijera a menudo le agradecía esa protección. No siempre tenía mi voz de conciencia dictándome lo que hacer o no hacer. El día que me llegase a faltar seguramente fuera el peor día de mi vida.

—Vivir es arriesgar y arriesgar es ganar —empecé a filosofar, haciendo que rodara los ojos—. Yo arriesgué y gané un delicioso beso de un chico buenísimo. ¿Qué hay de malo en ello? —Tragué una vez mastiqué una buena cucharada de cereales, y miré a mi amiga con una sonrisa sabihonda—. Deberías probarlo. —la apunté con la cuchara.

—Sí, definitivamente estás loca y me quieres volver loca a mí. No, querida mejor amiga. Conmigo no cuentes.

Y se fue de mi casa como alma que llevaba el diablo. Yo sonreí como una tonta, volviendo a imaginarme al chico de ojos plateados, haciéndome un pastel solo cubierto de harina. Y ese “solo” era la cuestión.

—Mmmm... delicioso.

Capítulo 2

Segundo beso, entre fragancias



Hay quien dice que la familia es lo primero. Hay quienes anteponen a sus padres, hermanos, abuelos y tíos antes que a todo lo demás. Pero eso solo les pasa a aquellas personas que han tenido ese cariño recibido por parte de ellos durante toda su vida. Yo no lo tuve. Mi infancia no fue tan mala sin embargo, pero porque me tocó una niñera que me quería como si fuera mi madre. La adolescencia sí que fue un verdadero calvario. Ya era lo suficiente mayor como para no necesitar a alguien que me vigilara y eso para mi madre significaba que tampoco me hacía falta recibir cariño. Pasé épocas malas, muy malas, en los que solo me tenía a mí para seguir adelante.

¿Cómo no volverme loca cuando de la noche a la mañana veía mis bragas manchadas de sangre? Aprendí a ser independiente, a conseguir lo que quería por mí misma. No es que nos faltara el dinero, al contrario, mis padres siempre me compraron con él. Suerte que no salí como ellos y no me hacía falta tanta ostentación.

Era una mala madre y eso no había quien se lo quitara.

—¿Cómo puedes tan siquiera llamarme así? —le espeté ese día que después de un mes sin hablar, me llamaba para echarme en cara mi abandono.

—¿Acaso no es verdad? Eres la peor hija del mundo —rebatío ella con ese aire de suficiencia que su buena madre le dio al nacer. Una víbora igual o peor que ella.

—Y dale otra vez... —gruñí rodando los ojos y esquivando a una señora mayor que por poco me atropella con el taca-taca.

—Desde que te mudaste has venido solo una vez... ¿qué quieres que piense? —refunfuñó de nuevo mi señora madre con su característica voz chillona. Si hay un master en dramatismo, ella seguro sacó matrícula.

¿Cómo voy a ir a verla si cada vez que lo hacía o bien me iba llorando o furiosa? Esa mujer me enervaba, sacaba lo peor de mí. Y si por lo menos se arrepintiera. Pero no se arrepentía de un coño, la muy perra. Ella teniendo sus minutos de gloria y ver a su hija doblegada, tenía suficiente. No recuerdo la última vez que me dio un beso, sin embargo si recuerdo el último bofetón.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué me fui, mamá? —esa pregunta la quise lanzar tranquila. Sin embargo mi voz se rompió, poniéndome de muy mal humor.

No quería que me viera afectada. No quería verme débil ante ella. Porque si por lo menos funcionara y su corazón se ablandara...

—... —Silencio.

Casi me reí irónica al escuchar cómo su cabeza trabajaba horas extras. No le importó que su hija se fuera, lo que le molestó era que le abandonara la única persona que estaba destinada a aguantarla.

—¡Exacto! Porque eres una arpía endemoniada que no te aguantó ni tu marido —mi padre tampoco es que hubiera sido santo de mi devoción. Era un pedante, ególatra e hijo de puta que la mayoría de las veces olvidaba tener familia.

—¡No te permito que...!

—¿Qué? —la corté. Yo sí que no iba a permitir que me rebatiera—, ¿Qué

te diga la verdad? ¿Es que acaso crees que olvido todas las cosas que me decías? —cerré los ojos y suspiré antes de volver a hablar más calmadamente, era inútil ofuscarse con esa mujer ya que se la traía al paio todo. —Adiós, mamá.

—¡Ariad...!

Toqué la pantalla y colgué la llamada sin ánimos de seguir discutiendo con la mujer que me trajo al mundo. Yo sabía perfectamente que no era un ejemplo de hija y que estaba más grillada que la mayoría de la gente; pero eso no era razón para que mi madre me dijera cada día, en mi puta cara, lo mierda y desastrosa que era y que iba a ser mi vida en cuanto me fuera. Sonia decía que era una simple excusa para que no me fuera y me quedara con ella, yo reí a carcajadas solo de pensarlo. No veas lo orgullosa que me sentí, al estamparle en la cara mi felicidad, después de llevar un año y medio viviendo sola sin su asquerosa ayuda. Sin su asqueroso y sucio dinero. Prefería comer de beneficencia a desayunar las delicatessen de Madame estirada.

Mi padre la abandonó cuando conoció a su nueva y actual mujer, la cual no era mucho mayor que yo. Seguíamos teniendo contacto, pero siempre para decirme que si necesitaba algo. Todo sea para no quedar como un mal padre.

Entré en el supermercado y casi gemí de placer cuando pasé bajo el aire acondicionado gigante. Incluso me quedé un rato con la cara en dirección de aquel delicioso aire fresquito y cerré los ojos disfrutándolo de verdad. Como si fuera el paraíso para mí. El verano empezó antes de tiempo y es que apenas estábamos en Mayo y Jerez parecía que se había transformado en el mismísimo infierno. Y yo estaba a punto de convertirme en un poco frito.

Un carraspeo me hizo salir de mi magnífico y fresco paraíso, haciéndome volver a la realidad. Un señor con cara de no haber cagado en dos años, me miraba a través de sus grandes gafas de pasta oscura. Su complexión gruesa y descuidada me dio a entender que odiaba su vida y a su mujer.

—Estás entorpeciendo el paso, niña.

—Disculpe, adulto. —sonreí falsamente y me hice a un lado para que pasase. Todo ello acompañado de un amago pomposo.

Creí fervientemente de que si las miradas matasen, aquel señor me hubiera mandado directamente a la tumba.

Anduve hacia el pasillo de los lácteos y cogí dos cajas de leche después de discutir conmigo misma cual marca escoger; luego a la carnicería para comprar medio kilo de pechuguita de pollo y otro medio de filete de pavo. Era una chica sana y deportista, tenía que mantenerme en la línea o si no mis caderas sufrirían las consecuencias.

No es que haya sido gorda en el pasado, tampoco demasiado delgada, pero gracias a la herencia familiar por parte de padre, mi culo es algo más rechoncho que cualquier otra parte de mi cuerpo.

Ya con mis compras acaparando mis manos y brazos, ya que siempre se me olvida coger una de esas cestitas, me dirigí a la caja pasando antes por el pasillo de perfumería. Me entretuve mirando las cremas depilatorias y cuchillas de afeitar. Éste fin de semana seguramente vaya a la playa por lo que tendré que depilarme para no ir pareciéndome a la hija secreta del hombre lobo. Es allí cuando alcé la cabeza que mi respiración se quedó atorada en mi garganta y no por el olor de los miles de perfumes y potingues, precisamente. Un chico se encontraba de perfil oliendo un pequeño bote de cristal. Ese perfil... ese pelo... esos labios rojo manzana... Oh.Por.Dios.

Miré desesperada de un lado a otro y luego hacia mis manos ocupadas.

«¡Joder!»

Empecé a transpirar como una verdadera cerdita y eso que gracias al aire acondicionado del lugar, que no hacía falta ni neveras para mantener los alimentos frescos, hacía más frío que robando pingüinos. Entonces divisé, en el pasillo de al lado, al señor impertinente de antes y solté mis cosas allí, en

su carrito de la compra sin siquiera mirar si estrujaba los huevos que quedaban debajo de mis cajas de leche. No hice caso a lo que el hombre profirió por esa maloliente boca, que sin duda haría llorar a un bebé, y me atusé el pelo antes de andar como si nada, por el pasillo de perfumería.

Mordí mi labio inferior y me lo comí con la mirada más detenidamente que la última vez que le vi.

«Nota mental 1: llamar al fabricante de pantalones vaqueros y darle las gracias por tal magnífico trabajo»

Su culo quedó en pompa mientras se inclinaba hacia delante para agarrar otro pequeño frasco, cosa que para mi pobre corazón y mis bragas no fue demasiado bueno. Entonces se levantó al colorar de nuevo el botecito en su lugar y vi cómo se retiraba para emprender la marcha.

«¡Ahora o nunca Ariadna!» me armé de valor, cuadrando los hombros y preparándome para la batalla. Lo único que me faltaba era una armadura y el yelmo para que la escena hubiese sido de lo más original.

Anduve hacia él con paso decisivo y toqué su espalda haciendo que se diera la vuelta. Pero antes de siquiera registrarme, me acerqué, me pegué a su cuerpo y lo besé.

Un segundo beso robado que me supo incluso mejor que el anterior. Su cuerpo se pone rígido por un momento antes de relajarse y acercarse más a mí.

«Oh sí, nene...»

Jugueteeé con mis dedos en su nuca, acariciando su cabello que maldita sea si no era más suave que el mío y mordí su labio inferior arrancándole un delicioso gemido de placer. Cuando ya no me quedaba el suficiente oxígeno en mis pulmones, ya que no sé cómo ocurrió, su lengua y la mía empezaron a amarse de una manera pasional, me separé de él.

Mmm... Su boca entre abierta, sus parpados entrecerrados... le di un corto

y fugaz beso sin poder resistirme y me fui dejándolo quieto y estupefacto.

Un cosquilleo emanó de mi barriga haciéndome sonreír. Relamí mis labios degustándolo un poco más y gemí al evocar sus labios presionados contra los míos; su deliciosa lengua acaparando mi boca, bailando, lamiendo todo lo que dio de sí mi cavidad bucal. Pero sus labios... Eran tan gruesos, jugosos y tan perfectos... si me pudiera ganar la vida besando esos labios, juro que sería una de esas adictas al trabajo hasta dar mi último aliento.

«¿Cómo se llamará? ¿Tendrá novia?» qué más me daba a mí esa nimiedad... ese hombre tendría que ser mío en todos los sentidos y sea como sea.

Ya con esa idea en mi cabeza que pobre mi corazón estaba de lo más feliz, me choqué contra algo, en mi huida entre los pasillos, que más tarde me di cuenta de lo que era, ya que casi caigo dentro de ese algo. Un carro de compra casi me traga y todo por culpa de... sí, el señor con cara de mal follado. Con un gruñido me estampó las cajas de leche contra el estómago haciéndome soltar el aire de golpe. A continuación agarró las bolsas de la carne y me las empujó también casi consiguiendo que me cayera de culo.

—Maldita niñata insolente —murmuró mientras se fue moviendo su grasiento y asqueroso culo en dirección a las golosinas.

Le saqué la lengua en un gesto muy maduro para una mujer independiente como yo y anduve decidida hacia la caja. Con mis cajas de leche, mis pechuguitas de pollo y una crema para las almorranas, que no sabía qué demonios hacía en mis manos. Cerciorándome, claro está, de que el chico de labios besables no se encontrara por allí, y como si de una niña de parvulario me tratara, corrí hacia la caja que menos gente había y esperé mi turno.

No era que creyera que no le pudiese gustar... nada más lejos de la realidad; seguro que caería enamorado de mí en cuanto me viera. ¿Pero y lo divertido que era dejarlo así de descolocado cuando le robaba un beso?

Capítulo 3

Tercer beso, con música de fondo



Tres días después...

Bajé las escaleras de mi piso con cuidado de no matarme con los tacones y enciendo la pantalla del móvil para alumbrarme el camino. Odiaba los botoncitos que solo hacen que la luz se encienda durante unos minutos. Si no fuera por la maravillosa tecnología, como puede ser la linterna del móvil, más de uno se descalabraría escaleras abajo.

En cuanto salgo a la calle una brisa fresca hace volar mi cabello rubio a un lado. Me estremezco en el interior de mi chaqueta de cuero negra y doy gracias por haberla cogido en el último momento. Eso es lo que pasa cuando en Mayo hace un calor como para poder darte una insolación durante el día, y por la noche te quedas más tiesa que un palo, por el cambio radical de temperatura.

Mi móvil vibra en mi mano antes si quiera que alcance mi precioso vehículo y ruedo los ojos al ver que es Sonia llamándome.

—¿Gigolós calientes? Le atiende la recepcionista ¿Qué desea?

—Corta el rollo, Ari —gruñe al otro lado—. ¿Cómo es que no estás ya,

aquí en mi puerta? —espeta enfurecida.

—Ya te dije que tardaría un poco ya que no sabía qué diablos ponerme. ¿Y sabes por qué es?

—Emhp...

—¡Chist! —le hago callar—. Porque la perra de mi querida amiga al igual que me roba la comida, también se lleva mi ropa. ¿Te has parado a pensar que ya mismo tendré que empezar a vestirme con bolsas de basura?

—Te espero aquí, amiga —dice con voz de niña buena antes de colgarme.

—Perra... —le digo a la pantalla en negro de mi móvil.

Me monto en mi preciosa moto, una Piaggio roja que es el amor de mi vida, después de colocarme mi casco a juego. Arranco sintiendo su sutil ronroneo característico y trascurre apenas tres minutos cuando paro frente al portal de mi mejor amiga, alias: la roba-cosas-de-Ariadna.

—¡Por fin! —exhala la belleza morena, correteando con sus kilométricos tacones negros y su vestido negro ajustado, hacia mí.

—También podías haberte venido para mi casa, ya que estamos a dos pasos.

—Arranca que nos perdemos los chupitos gratis.

—Si estás pensando, lo que creo que estás pensando... ni hablar.

Ella se coloca el casco con cuidado de no estropear su peinado religiosamente liso y me mira entrecerrando los ojos.

—Pero...

—¡No!

—Pero yo...

—¡Que no, Sonia, paso de ser la gilipollas que luego tiene que intentar animarte cuando te pones en modo: llorar-por-el-capullo-de-Juan!

—Pero solo beberé unos chupitos y...

—Y se acabó. No te emborracharás. Vamos a pasárnoslo bien y eso no

implica emborracharnos hasta la inconsciencia. Además paso de mentir de nuevo a tus padres diciéndoles que estás demasiado cansada como para subir dos escalones más; ya que solo hay eso de diferencia de tu piso con el mío.

Ella suspira.

—Está bien, te prometo no beber más de... siete chupitos.

—Cuatro.

—Seis.

—Cuatro.

—¿Cinco? —pone cara de cachorrito y hace un puchero exagerado.

—Está bien, pero el quinto sin alcohol.

Ella abre la boca para discutir, pero enciendo la moto y ahora más que nunca amo el ruidoso ronroneo de mi amado vehículo.

Llegamos a la discoteca donde las chicas entramos gratis, solo por el simple hecho de ser chicas. Un hombre de dimensiones como las de mi armario empotrado, nos sonrío de forma pícaro y mira mi escote que deja al descubierto mi blusa blanca, sin sujetador; y echa un vistazo a mis piernas envueltas en unas mayas negras pegadas, que probablemente creería que formaba parte de mi piel, ya que todo se me marcaba.

«Adoro mis mayas...»

Le sonreímos de vuelta y él nos deja pasar antes que un grupo de chicos que esperaban su turno delante de nosotras, causando así las quejas de estos, cuando nos vieron pasar.

La música atronadora y de moda, me deja sorda por unos momentos pero mi cuerpo se empieza a mover por si solo dejándome llevar. Sonia canta a la par, que el cantante de la marchosa música y ambas saltamos en el estribillo.

«¿Ves como no hacía falta una gota de alcohol para pasárselo bien?»

Bailamos hasta que acabamos sedientas y andamos a la barra como dos zombis en mitad de un cementerio. Sonia pide la primera ronda de chupitos y

me alegro al ver que es uno con poco alcohol. No me gusta beber, apenas un par de chupitos o una cerveza; pero lo hago por el simple hecho de acompañarla si no, ni una gota de ese ardiente brebaje bajaría por mi garganta.

Mi chaqueta ya guardada en el guardarropa, me hace desmelenarme del todo y bailo como una desquiciada junto con mi mejor amiga. Meneo mis caderas al compás, llamando la atención claramente del sector masculino y bebo mi primera y única cerveza hasta acabármela; cosa que hace que me entre unas ganas de mear impresionantes. Me disculpo con mi mejor amiga y ella me da un gesto con la mano diciendo que me vaya tranquila. Me encojo de hombros, pensando que no le pasaría nada por unos minutos que yo esté ausente... ¿verdad?

Paso entre la barahúnda de gente sudorosa y entro en los baños empujando a dos barbies rubias que se estaban dando el lote en toda la puerta. Hice pis intentando no tocar un milímetro de esa taza, donde dios sabe cuántos culos habrá soportado y salgo del cubículo para lavarme las manos y retocarme. Estaba un poco sudada y mis pezones se notaban en mi fina blusa haciendo parecer excitada. Me los pellizco con los dedos y me arrepiento al segundo de hacerlo. Porque en vez de volver a su estado, se yerguen más todavía por mi contacto.

—¡Genial! —bufo e intento no pensar más en ello.

Pero en cuanto salgo del baño de chicas, lo veo. Bueno técnicamente pasa por mi lado, incluso me roza. Claro está que mis pobres pezones se ponen más contentos aún. ¿Cómo puede ser que no lo he visto en toda mi vida y ahora lo veo casi todos los días? Sacudo mi cabeza para quitarme esas estúpidas preguntas de la cabeza y no me lo pienso dos veces antes de ir por donde él entró. Por lo que hasta que no estuve dentro no supe dónde estaba exactamente. Solo voy a decir dos cosas.

Hombres.

Y pollas...

Bueno y una espalda y un culo familiar frente a un orinal de pared. Estoy tentada en ir allí y mirar como la tiene, pero la responsable y cuerda dentro de mí, me hace pensar antes de actuar. Salgo del baño sin ser vista por él y lo espero en la puerta y así tomarlo desprevenido. Ya lo voy a coger por costumbre y no hay cosa que me guste más que esa deliciosa manía de robarle besos.

Antes siquiera de ver su cara bien del todo, estampo mis labios contra los de él en un intento desesperado por volver a sentirlo contra mi cuerpo. Pero algo extraño me recorre la columna vertebral al no identificar a los labios que me están devolviendo el beso con urgencia y ardor. Me separo de él y veo una cara que no es la suya y definitivamente esa sonrisa asquerosa, ni ese bigote, es del chico de labios color manzana.

Repulsión es lo que corre por mis venas y salgo corriendo de nuevo, al interior del baño de chicas, donde me enjuago la boca hasta casi hacerme daño.

Vuelvo a la pista donde dejé a Sonia y me alivia al ver que ella solo está bailando con un chico bastante guapo y con ningún vaso en la mano.

«Bien Sonia... te ganaste que te deje gorronearme un día más».

Algo me hace mirar hacia la salida y es como si mi cuerpo respondiera a su divina presencia. Mis piernas andan por si solas, logrando quedar cerca, mientras él anda hacia el exterior de la discoteca. Lo sigo hasta alejarnos de la multitud, donde callejones oscuros, me hacen estremecer de miedo. Pero mi cuerpo no me obedece y simplemente lo sigo en silencio sin que se percate de mi presencia. Tuerce a la derecha y yo con él, entonces se para, quedando de espaldas a mí y enciende un cigarrillo soltando una nube gris hacia el cielo. Estamos un poco lejos el uno del otro, por lo que no advierte

mi presencia. Se deja caer en la pared y da una profunda calada a su cigarro con los ojos cerrados. Es realmente atractivo, independientemente de lo bueno que esté, su expresión pensativa, su actitud calmada... lo hacen parecer todavía más atrayente.

Me acerco poco a poco sin hacer ruido y parece que está como dormido, porque por muy silenciosa que quiera ser, mi sutil taconeo se puede apreciar en el silencio. Entonces sus labios se curvan en una sonrisa feliz.

Sabe que estoy aquí.

Pero no hace el intento de abrir los ojos. Se queda allí, parado, a la espera de mi siguiente movimiento. No voy a besarle, no cuando es consciente de que lo voy a hacer. Así que doy media vuelta y me alejo de él, muriéndome de ganas por probar sus labios de nuevo.

Así que lo espero en la esquina, esperando a que se digne a aparecer. Y no se hace mucho de rogar, ya que siento sus pisadas apresuradas cada vez más cerca de donde estoy. « ¿Habrás ido a buscarme?» Una sonrisa de suficiencia curva mis labios y en cuanto tuerce la esquina, mis manos enganchan su brazo atrayéndolo hacia mí de un fuerte tirón y hago lo que estaba deseando de hacer. Robarle un tercer beso, con música a nuestro alrededor.

Capítulo 4

Cuarto beso, con sabor a gominolas



—Vamos a ver... repítelo de nuevo porque te juro que no me entero de una mierda —dice Sonia sentándose en modo indio en mi cama.

Respiro hondo y me hago una cola de caballo solo para tener las manos ocupadas.

—Lo besé de nuevo —repetí mordiéndome el labio inferior.

—Sí ¿y? —me instó para que siguiera.

—El caso es que él abrió los ojos después de besarle y sentí... algo. —me quito la goma del pelo y me hago un moño alto.

—¿Me estás diciendo que sientes algo por un chico que solo conoces por darle dos besitos? —comenta con incredulidad frunciendo el ceño.

—¡No fueron dos besitos...! —gruño quitándome el moño y haciéndome una trenza. —Fueron tres... y fueron increíblemente maravillosos.

—¿Quieres dejar el maldito nerviosismo, Ari? Vas a enredarte el pelo y ni un peine de púas a metro podrá arreglarlo.

Suelto mi trenza a medio hacer y suspiro.

—El caso es que sentí una cosa muy fuerte cuando sus ojos plateados miraron los míos por unos segundos. Fue como si me tocara hasta el alma.

—Sí, ya... tú no digas que te tocó el culo y las tetas...

La miré mal y me senté en la silla del escritorio dejando caer mi cabeza en él. No podía descifrar lo que sentí en ese momento cuando nuestras miradas conectaron. Salí corriendo justo cuando vi que estaba reaccionando.

—Ari... olvídote de ese chico de una vez —aconseja con voz dulce.

—No es tan fácil... —murmuro mirando un punto fijo en la pared. —Pero creo que tienes razón.

—¿perdona?!

Su chillido me hace sobresaltar y la miro con el ceño fruncido. Ella me mira con ojos muy abiertos.

—¿Tú, la mujer más terca y cabezona del mundo, me estás dando la puta razón? —jadea y posa la mano en su corazón. —Espera, tengo que grabarlo.

Ella pelea con la cremallera de su bolso y yo ruedo los ojos al tiempo que me acerco a ella y le doy una colleja.

—Olvida lo que dije... seguiré robándole besos al tío-tremendamente-follable.

Salgo de mi habitación y oigo su fuerte gruñido hacer eco en toda la casa.

—Pareces una puta búfala, Sonia... no me extraña que los tíos salgan corriendo en cuanto te follan.

Me río con ganas antes de sentarme en el sofá, cual vaca, escuchando las pisadas apresuradas de mi mejor amiga.

—¡Vete a la puta mierda, Ariadna! Y para tu información, si acaso te importa, no me dejan después de follarme... los dejo yo —sentencia con voz enfadada soltando aire por la nariz como si fuera un toro.

—Era solo una Broma, Soni... ven aquí anda. —abro mis brazos y ella después de lanzarme un tierno puchero se abalanza sobre mí y se acurruca en mis brazos.

—¿Tienes algo de chocolate? —dice al cabo de un rato.

Ruedo los ojos y la empujo lejos de mí.

—¡No! Te recuerdo que te lo comiste todo y ni siquiera me dejaste una mísera galletita. ¿Tanto te costaba dejarme, aunque sea, media?

Bufa y se levanta del suelo donde cayó antes por mi empujón. Agarra su bolso, su móvil y llaves y anda hacia la puerta.

—Voy a mi casa, tengo una especie de reunión familiar a la que debo asistir. —anuncia haciendo una mueca.

—¿No vas a comprarme chocolate? ¿Y no era ésta noche cuando íbamos a ver una película? —la miro mal y ella solo rueda los ojos.

—Ari... mañana empiezas a trabajar. Tienes que irte a la cama pronto y sé qué clase de película quieres que veamos.

Una sonrisa pícaro cruza mi cara.

—¡Magic Mike!

—Lo sé... —gime. —y por eso te quedarás toda la noche en vela pensando en los abdominales de Matt Bomer y en el paquete de Channing Tatum. Por lo que por la mañana estarás echa una mierda y cagándote en los creadores de la película, solo para hacerte sentir mejor.

—¡Me cago en ti! —dije entre dientes.

Odio que me conozca tan malditamente bien.

—Yo también te quiero. —Se da la vuelta y abre la puerta—. No olvides comprar chocolate... —canturrea antes de salir y cerrar de un leve portazo.

Cierro los ojos dejándome caer a todo lo largo de mi precioso sofá azul y suspiro. La cara del chico me viene a la mente sin siquiera llamarla y el recuerdo sus ojos entreabiertos, me hacen morderme el labio con fuerza. Vuelvo a suspirar en cuanto recuerdo la suavidad de sus labios. Mi mano derecha sube hasta mi boca y acaricio la zona como si los sintiera aún presionados ahí. Y tengo que abrir los ojos para cerciorándome de que todo es una de mis fantasías y que el chico de ojos plateados no estaba allí. Desilusión es lo que siento.

Me levanto suspirando por cuarta o quinta vez y me levanto a ponerme los zapatos. Un conjunto de Jean claro y blusa blanca junto con mis cuñas rojas, componen mi atiendo. Mi pelo ahora ondulado, por la cola de caballo desecha que tenía, cae hasta mitad de mi espalda. Maquillo un poco mis ojos y los labios con un toque de gloss rosa.

Agarro las llaves de casa y mi móvil y me dispongo a salir de mi casa para alquilar una dichosa película aburrida y montañas y montañas de chocolate.

Resoplo desesperada al ver la gigantesca cola de coches que hay delante de mí, privándome de llegar al dichoso supermercado. Miro de lado a lado intentando ver algún hueco por donde escurrirme y salir de aquel endemoniado atasco. Pero no hay ni un puto huequito por el que quepa. El ruido de los claxon me tienen loca y ni hablar de los miles de insultos e improperios lanzados por todo aquel que quiere llegar a su destino. Me quito el casco y apago la moto ya que allí me quedaba bastante tiempo y me entretengo a mirar mi móvil. Abro el juego de Candy crush soda saga, que gracias a mi querida Sonia, estoy enganchada... y juego dejando a un lado el eco de ruido y voces a mi alrededor. Lanzo un grito de victoria cuando salvo a los trentaitantos, dichosos, ositos y hago mi bailecito feliz con las manos.

—¡olé, olé y olé!

Levanto la vista percatándome de un movimiento frente a mí y mi sonrisa se va de mi cara, en el acto.

—Ya veo que te diviertes... pero llevo esperando a que te dignaras a seguir como quince minutos —espeta molesto haciendo que sus ojos plateados brillen con furia.

Pestañeo y boqueo como un pequeño pecesito fuera del agua y veo como su ceño se frunce y sus preciosos labios se apiñan.

—¿Es que vas a estar ahí todo el santo día? Mueve tu querida moto a un

lado y deja pasar a los demás.

Trago saliva y me toco la cara. No llevo el casco. Me está viendo la puta geta. Salvo mis gafas negras no llevo nada más cubriéndome el rostro.

—¿Es que estás sorda? Tengo que llegar al trabajo como en... —mira su reloj de pulsera—. ¡Mierda! ¡Putra mierda! ¡Genial! ¡A la mierda! —se frota la cara y el pelo desordenándose y haciéndolo parecer que acaba de levantarse o de... «oh dios... si ese aspecto es el que tiene de recién follado me pido primer».

Un claxon hace que salga de mi aturullamiento y cojo mi casco para ponérmelo. Él me mira como si estuviera loca. Sin dedicarle nada más que una mirada, arranco la moto y salgo disparada a todo lo que da mi querido vehículo. Mi respiración es irregular y mi mente no para de reproducir su voz una y otra y otra vez. Creí que iba a desmayarme o a morir. Aparco de mala manera frente a un pequeño supermercado y en cuanto bajo de la moto, mis piernas flaquean y mis manos tiemblan como nunca.

«¿Es que acaso tiene algún poder mental para convertirme en flan?»

Apoyo las manos en mis rodillas y cuando ya estoy lo suficientemente calmada entro en el establecimiento y compro de toda clase de chocolates. Ya con mi gran cargamento de dulces, monto de nuevo en mi moto y me dirijo al videoclub más cercano. El cual no podía tener un nombre más ridículamente ridículo: Videoclub veotodo. Cosa que es obvia ya que es un puñetero video club... donde tooda clase de películas, puedes ver. Desde acción, hasta películas porno. (Sección, que por cierto, nunca en la vida, me he parado a observar)

Entro, después de asegurar la moto y dejar las bolsas a buen recaudo en el compartimento debajo del asiento.

Ya de primeras lo que veo me hace fruncir el ceño y pensar que allí dentro había una especie de estrella del Rock o el mismo Justin Beber. Un grupo de

chicas de edades comprendidas entre quince y veinte años, observan a través del cristal casi con la baba colgando, a alguien o algo, que allí dentro se encuentra. Estoy a nada de preguntarles el por qué no entran si tanta excitación les producía lo que había allí dentro, pero decidí callarme y entrar como toda una persona normal.

Unos carteles en el techo anunciaban el nombre de la sección: Romance, Acción, Drama, Comedia, Adultos, etc... yo anduve siguiendo las flechitas verdes que daban a la de Romance. No era una amante de esa clase de películas pero hoy me apetecía... ¿llorar a moco tendido, comiendo como una cerda, mientras me doy de cabezazos al no encontrar a mi príncipe azul? Pues eso... me apetecía muchísimo.

Paso mi dedo por todos aquellos títulos, a cual más cliché y sopeso concienzudamente cual llevarme.

Una mano atraviesa mi campo de visión y me quedo como hipnotizada mientras mete una carcasa en el hueco libre delante de mí. Una mano masculina y verdaderamente atractiva adornada con una pulsera trenzada de cuero marrón. La mano desaparece y me veo a mi misma dándome la vuelta para ver quién es el dueño de esa preciosa mano.

Es él.

¿Qué por qué lo sé? Porque tiene un maldito buen culo y porque esa cabellera color chocolate desordenada no la confundiría por nada en el mundo. Parece como si mi mente lo tuviera memorizado centímetro a centímetro.

Mi cuerpo autómatas lo sigue en silencio y casi levitando hacia la siguiente sección, donde la gente no parece siquiera pasar por allí. Hasta podría jurar que tenía telarañas las tantas repisas y estanterías que sujetaban las miles de películas.

Lo acorralé sin pensarlo, o quizá el solo iba a colocar una película en esa

esquina. El caso es que mi cuerpo quedó pegado a su espalda y pude notar como cada uno de sus músculos se tensaban al sentir mi mano tocarlo.

Me aventuré a acariciar el pelo que descansaba en su nuca y casi gimo de placer al sentirlo tan suave entre mis dedos. Sus manos hechas puños descansaban a sus costados y le di la vuelta con decisión antes de estampar mis labios contra los suyos de manera posesiva y necesitada.

«¿Desde cuándo besarle se volvió una necesidad?»

No tenía respuesta a esa pregunta, pero lo que sí tenía, eran unas malditas ganas de arrancarle la ropa y comérmelo.

Sus labios se entreabrieron cuando mi lengua los acarició y gemí al rozar su húmeda y cálida lengua con la mía. Me quedé como horas o tal vez segundos degustando su sabor. Y cuando ya creí que me iba a morir, me separé de él. Acaricé sus pómulos, sus mejillas, sus labios más rojos que de costumbre.

—No abras los ojos... —susurré.

Miré su garganta cuando tragó sonoramente y se mantuvo con los ojos cerrados. Besé una vez más sus labios y me fui corriendo escondiéndome en la primera sección que encontré y donde había muchísima gente. Vi cómo me buscó. Vi cómo se frotaba la cabeza desesperado por encontrarme. Yo sonreí y salí de allí sin mi película. Pero con una gran sensación en mi cuerpo.

Capítulo 5

Quinto beso, con doble de queso



Quien hubiera dicho que yo, Ariadna Carolina Ruíz, llegaría a ser secretaria en una notaría. No es que sea un trabajo verdaderamente importantísimo, pero me esfuerzo sobremanera para que no tengan la más mínima queja de mí. La señora Micaela es mi jefa, la cual es como una abuelita para todos. Su semblante amable y achuchable siempre es del agrado de todos los empleados, en cambio, cuando algún cliente llega, es toda una mujer de negocios. Mi trabajo consiste en coger llamadas y hacer recados a mi jefa. Parece fácil, pero visto que la empresa es una de las más prestigiosas y demandadas de todo Jerez, tengo el teléfono pegado a la oreja constantemente. Pero gracias a mi querido amigo y compañero Marcelo que me consiguió un pinganillo de esos, no tengo que preocuparme por tener que alcanzar y soltar el teléfono. Tan solo tenía que presionar un pequeño botoncito y la voz de dicho cliente llegaba a mis oídos en el acto.

—Buenos días, rayo de sol. —saluda Marcelo con su gran sonrisa de dientes blancos.

Hago una reverencia y beso su cara por todos lados haciéndolo reír.

—Estás contenta hoy por lo que veo... —acierta mi compañero abrazándome desde su posición, sentado en su escritorio.

—Bueno sí, ha sido un buen fin de semana. ¿y qué tal tú?

Sonríe más abiertamente y mueve las cejas sugestivamente. Entrecierro los ojos hacia él y sonrío pícaramente pinchando sus costados.

—Alguna tipa cayó en tus garras ¿eh?

Él ríe y Marina que trabaja a su lado también lo hace.

—Él es un cochino... —comenta ella haciendo una mueca desagradable.
—sin pedírselo me cuenta toda clase de detalles.

Marcelo rueda los ojos y me da un azote en el culo instándome a seguir mi camino hacia mi mesa.

—Micaela te necesita y creo que tendrás hasta tarde rayito de sol. —me informa dándome una sonrisa compungida.

Suspiro y me encamino hacia el despacho de mi jefa, la cual me dice que se tendrá que ir antes, por lo que tengo que quedarme hasta las cuatro atendiendo sus llamadas. Yo acepto a regañadientes y me voy a mi mesa con un aura de pesadumbre, que hace que la gente volteé a verme con claro signo de pena. Tendré que comer aquí y pedir algo en algún restaurante, eso si las llamadas cesan a medio día.

Me estoy limando las uñas mientras atiendo una llamada y miro la hora dándome cuenta de que ya son las dos y media. Y como si mi estómago estuviera en conjunto con mi mente, ruge como un león hambriento.

Apunto la cita en la agenda de Micaela y pulso el botoncito de colgar la llamada. Es en ese momento que Marcelo se acerca a mi mesa, la rodea y me abraza desde atrás dándome un besito en el cuello. Me dejo caer en su hombro y cierro los ojos cansada de tantas llamaditas.

—¿Quieres que pida algo de comer para ti antes de marcharme?

—Eres todo un amor Marce. Sí, por favor... mi estómago creo que tiene vida propia y ya mismo lo veo correr buscando una víctima a la que hincarle el diente.

Su carcajada hace que algunos de los que aquí trabajan levanten sus

cabezas y observen la escena.

—Dime por qué nunca nos hemos enrollado... —comento a mi amigo acariciando sus brazos por encima de su camisa.

Él besa mi frente antes de separarse de mí y me mira con una sonrisa haciendo achicar sus dulces ojos verdes.

—Lo intenté, más tú me rechazaste de una manera demasiado adorable.

Río recordando aquella vez en la que se me insinuó y yo le dije que si salía con él, quería una boda por todo lo alto, veinte hijos y una casa con piscina. Él claro está, se acojonó y salió corriendo. Luego me disculpé con él e hicimos un trato de amistad. No es que no sea atractivo ni que no me ponga burra su trabajado cuerpo y su pelo rubio, sino que lo veía tan sumamente mono y mimoso que más bien parecía un hermano, que un amante.

—Algún día tenemos que probar. —ronroneo levantándome para ponerme a su altura.

Acaricio su pecho a través de su fina camisa blanca y él sonrío negando la cabeza.

—No te imagino a ti abierta de piernas para mí, pequeño rayo de sol.

—Qué manera tan sutil de darme calabazas. —rebato sentándome de nuevo en mi silla.

—No lo tomes tan personal preciosa. Ya sabes... me van más las morenas. Reímos a la vez y besa mi frente antes alejarse de mi mesa.

—¿doble de queso verdad? —pregunta caminando de espaldas hacia su mesa.

—Odio que me conozcas tan bien.

Me tira un beso volado antes de darse otra media vuelta y caminar con soltura y galantería. El jodío estaba para comérselo con patatas fritas.

Al cabo de media hora, una luz verde se ilumina en mi mesa. No había ni un alma en la empresa por lo que tengo control de todo. La luz verde

significaba que alguien llamaba desde fuera al telefonillo. Pulso el botón y las puertas se abren dando paso a un chico cargado con una gran caja de pizza. Aun estando a veinte metros de distancia la huelo desde mi mesa, y mi barriga gruñe sonoramente.

El chico mira de un lado a otro observando todo a su paso y caminando directamente hacia mí, pestañeo reconociendo su cara y su pelo debajo de la gorra roja que portaba y me estremezco cuando su mirada está a punto de fijarse en mí. Me levanto como un resorte y me lanzo a correr a no sé qué dirección. Escucho como me llama por lo que corro más rápido con cuidado de no matarme con los tacones.

—¡Señorita, su pizza!

Sigo corriendo sintiendo sus pasos detrás de mí a punto de alcanzarme. No quiero que me vea, no aún. Quería seguir robándole besos y el miedo era tan grande de no poder gustarle que tenía ganas de llorar. Llegué al piso de abajo donde la luz casi era inexistente. Una planta de oficinas y almacenes vacíos era lo que me rodeaba y entré en uno de ellos rezando para que el chico no me descubriera. Pero la puerta se abrió dejándome ver su silueta al trasluz.

—¿Hola? Mire, solo págume la pizza y me iré.

La puerta se cerró tras él dejándonos en completa oscuridad. Alivio es lo que me atravesó al saber que no podía verme. Pero su sola presencia hacía que lo notara con todo mi cuerpo y supiera exactamente su posición.

Me acerqué haciendo resonar mis tacones.

—¿Eres tú, verdad? —pregunta trémulo.

Trago saliva y mi cuerpo se queda estático a medio paso de alcanzarlo. Escucho algo posarse en el suelo y supuse que sería la caja de mi pizza.

—¿Dónde estás?

No contesto tampoco a su pregunta y me acerco un poco más. Hasta que siento su presencia tan cerca, que mi cuerpo cosquillea queriendo acercarse

por completo.

—Oye...

Mis labios lo callan a medio decir y doy gracias por tener mis tacones más altos, ya que llego a su boca a la perfección. Saboreo sus labios con meticulosa pericia y un suspiro tembloroso sale de él, matándome de deseo. Mis dedos juegan con los mechones de su cabello que sobresalen por la gorra y él se atreve a acercarse más y a posar sus manos en mis caderas atrayéndome hacia él. Jadeo en impresión cuando siento una gran ola de excitación atravesarme la columna, solo por su sutil toque en mis caderas. Las ganas de tenerlo me pueden más que la razón, por lo que lo beso con más ganas haciéndolo reaccionar de una forma primaria y deseosa de convertir ese beso en algo más. Nuestra respiración es lo único que se escucha en aquel lugar oscuro y vacío y pronto se convierten en gemidos frustrados y necesitados.

Sus manos recorren mi cuerpo con destreza y delicadeza memorizándolo. Yo sigo embrujada por el sabor de su boca. Por el embriagante olor que emana de él, que me hace desearlo más a cada segundo que pasa.

—Dime quién eres... por favor... —suplica con voz ahogada volviéndome a besar con ansias hasta presionarme contra la pared.

Intento hablar pero su lengua saboreando mi cuello, hace que mi mente colapse y todo quede en el olvido. Sus manos ahora en mi cintura suben arrastrando la tela de mi blusa hacia arriba. Con sus pulgares roza el contorno de mis costillas provocando que mi piel se torne de gallina y mi respiración se atorara en mi garganta.

—Para... —susurro.

—Dime quién eres.

Niego con la cabeza y lo separo de mí con todo el dolor de mi corazón. No sé por qué mierda seguía con éste maldito juego. Pero la verdad es que jamás

me he sentido tan vulnerable como en éste momento. Me sentía poca cosa a su lado, como si supiera que en cuanto me viera me despreciaría y ya nuestros besos quedarían atrás. Y el mero hecho de pensar que no volvería a besarlo, ni a sentirlo de cerca, me aterraba más de lo que quería admitir. Sin saber cómo y sin saber si quiera su nombre, me había calado hondo. Tan hondo que si llegara a perderlo, moriría ahogada en la pena.

—Vete por favor... hay dinero en la mesa de recepción. Suficiente para pagar la pizza y una gran propina. Vete. —susurro solo para que no sepa cómo es mi voz.

Pero era tanto el desasosiego que sentía, que hasta susurrando, parecía que acabaría rompiendo a llorar.

—Esto no se quedará así... algún día sabré quién eres.

Y sin esperar mi respuesta salió por la puerta cerrándola tras de sí. Fue entonces cuando permití que una lágrima atravesara mi mejilla.

—¿Por qué lloras, estúpida? —me recrimino a mí misma ahogándome en llanto.

Nunca había pensado que me afectaría tanto. Nunca pensé cuando empecé con éste juego, las consecuencias que habría. Y entonces me di cuenta de que si en realidad él estaba con alguien, me rompería en mil pedazos. Lo quería para mí...

—Mi chico de labios rojos y ojos plateados...

Capítulo 6

Sexto beso, enmascarado



Dos días después...

Una fiesta de máscaras. Una fiesta entre semana, teniendo que ir a trabajar mañana temprano.

«¿Es que no pueden ponerla un sábado?»

Así que por culpa de una Sonia con cara de cachorrito, decidí ir. Era la fiesta de finales de primavera donde los jóvenes vestían de gala y con bonitos antifaces para darle más... misterio, por así decirlo, al asunto. Yo llevaría un precioso vestido largo, de color dorado brillante. La tela era finísima obligándome a no utilizar ropa interior. Según Sonia, el color hacía resaltar mi pelo rubio y mi piel; y mis curvas resaltaban haciéndome parecer sensual. Yo más bien me veía como una burbuja de Freixenet. Pero no iba a negar que la idea de una fiesta de máscaras no me emocionara. Eso de ir de princesa y bailar con un príncipe enmascarado me hacía mucha ilusión.

Sonia optó por un vestido largo de color negro, la mujer era como adicta a ese color. Pero aun así, estaba más que preciosa. Juntas nos arreglamos para la fiesta, nos peinamos mutuamente y nos maquillamos. Mi pelo quedó suelto con ondas anchas y el suyo recogido en un elegante moño, dejando dos o tres mechones rizados enmarcándole la cara. Como es obvio pedimos un taxi, ya

que no podíamos ir toda monas montadas en mi moto. Le quitaría toda la elegancia al conjunto.

En cuanto llegamos a lo que se supuso era la dirección, ambas silbamos al ver la magnitud de la fiesta. Era en un maldito hotel de cinco estrellas. Más concretamente el más caro y prestigioso de Jerez donde la clase alta y demás ricachones famosos, allí se hospedaban. Había oído que el que organizaba la fiesta éste año, era alguien importante, pero nunca pensé que tanto. Si se podía permitir gastar tal suma de dinero en organizar una fiesta en éste hotel, juraría que en vez de papel higiénico, utilizaba billetes de diez.

—¡Wow! ¿Estás segura de que es aquí? —le pregunté a mi amiga que se había quedado igual de impresionada que yo.

Ella asintió sin cerrar la boca y observando cada ventana, cada reja y cada cosa de aquel edificio. Cuando ya salió de su trance, me agarró de la mano y me arrastró hacia la entrada donde un elegante hombre mayor, nos dio la bienvenida. Ambas entramos de lo más recatadas, para dar el pego ante tanta ostentabilidad. Pero en cuanto entramos en la sala donde la fiesta se encontraba, la música era de todo menos clásica y sofisticada.

«¿Qué esperaba de una fiesta de gente joven?»

Era como una discoteca pero con mucha luminosidad y obras de arte colgando de las paredes. La gente bailaba animada, otros charlaban y algunos solo bebían una copa mirando los cuadros.

Me re Coloqué la máscara dorada que llevaba y sonreí a mi amiga antes de cruzar las puertas. Sonia corrió hacia la barra a coger una bebida mientras yo rodaba los ojos e inspeccionaba a cada persona. Llámenme obsesionada, pero mis ojos lo buscaban desesperadamente, en cada hombre enmascarado. Cuál fue mi desilusión... al no encontrarlo por ningún lado.

Sonia llegó con una gran sonrisa y con dos copas de algo color rosado. Una me la entregó y a la otra le pegó un sorbo, gimiendo a continuación, en

deleite. La verdad es que cuando probé aquella bebida me gustó, y me vi tomándomela de un tirón. Cosa que hizo que el ceño de mi amiga, se frunciese.

—Tranquila, pequeña... por muy bueno que esté, tiene alcohol. Como sigas bebiendo a ese ritmo ya te veo bailando la macarena con los pies. Sube muy pronto a la cabeza, ten cuidado.

Reí y negué con la cabeza restándole importancia. Ya con otra copita de lo que supe era ponche de frambuesa, me fui a la pista a bailar y a disfrutar. Sonia tenía razón en dos cosas. Una: el ponche estaba riquísimo. Y dos: sube demasiado pronto a la cabeza. Por lo que me vi saltando y bailando con tres hombres a la vez, completamente desconocidos. Los tres de un tono de pelo diferente y con trajes relativamente parecidos. El rubio tenía ojos celestes a juego con la corbata y el antifaz sencillo que enmascaraba mitad de su rostro. El de pelo negro tenía unos ojos verdes preciosos, haciendo juego con su pajarita y antifaz. El tercero era de pelo castaño-rojizo con una máscara dorada dejando ver solo sus ojos mieles, sus labios y barbilla.

—Luego vamos a una fiesta privada en nuestra casa, preciosa... —ronroneó el rubio en mi oído—. ¿Te gustaría ir?

Reí como una tonta para luego pegar un gran sorbo de mi deliciosa bebida.

—No os conozco de nada... —respondo moviendo mis brazos al compás de la música y acercándome al moreno que me miraba con una sonrisa ladina.

—Venga... te lo pasarás bien —susurró mi nuevo acompañante en mi oído.

—Si quieres puedes traerte a tu amiga —contrató el Rubio poniéndose detrás de mí.

Mi amiga... mi amiga...

—¡Oh, Sonia...! —Grité un poco demasiado fuerte—. ¿Dónde está?

—Justo detrás de ti, bailando con Marcos. —señaló el de pelo rojizo sobre

mi hombro.

Me di la vuelta y vi a un chico de pelo castaño claro, ataviado con un bonito traje negro y corbata a rayas negras y blancas. Su antifaz era pequeño y sencillo de color negro. Mi amiga charlaba con él riendo de lo que sea que aquel chico le decía. Mi respiración aumentó de ritmo cuando el hombre sintió mi mirada. Por unos segundos la música se paró dejándome sorda. Y sus ojos plateados perforaban los míos como si quisiera devorarme. La sonrisa que me dio casi me hace morir.

Marcos... Marcos es...

Entonces la mano de mi mejor amiga agarró su cara haciéndolo desviar la mirada de mí para posarla de nuevo en ella. Los celos me consumieron por dentro haciendo que mis ojos escocieran con lágrimas calientes de pura rabia.

—Preciosa —me llamó alguien detrás de mí.

Tragué saliva cuando vi que Sonia se acercaba un poco más a él intentando coquetearle. Él sonreía de lado hacia ella haciéndome ver que claramente estaba interesado en sus intentos de engatusarlo.

—¿Vienes entonces?

Pestañeeé para ahuyentar las lágrimas y me di la vuelta encarando a los tres chicos que me miraban con claro signo de desconcierto.

—Sí —me oí decir.

Los tres sonrieron y dos de ellos fueron a hablar supuse con él, con Marcos. Mi chico de ojos plateados. Que ahora mismo estaba ligando con mi mejor amiga.

Al cabo de unos minutos era arrastrada por una excitada Sonia, que me contaba que maravilloso era. Cómo de bonita era su voz y sus ojos casi plateados. Ya sabía que tan bonitos eran y sabía que su voz era ronca y rasposa haciéndote desear escucharlo en tu oído durante todo el día. No hacía falta que ella lo dijera con el tono de voz, con el que lo decía. Soñadora e

impresionada.

El rubio que se presentó como Aarón, agarró mi mano para ayudarme a subir a un coche negro y bastante grande. Estaba como ida en mis pensamientos, como si mi cuerpo fuera independiente de mi mente. Quería salir corriendo, pero mi piel ardía por estar lo más cerca posible de él.

—Después de usted, señorita.

Volteé hacia la derecha viendo como agarraba la mano de Sonia y posaba la otra en la baja espalda de ella ayudándola así, a subir. Aguanté la respiración hasta que sus manos dejaron de tocarla.

Aarón conducía teniendo como copiloto a Marcos. Junto a mí en la izquierda estaba el chico moreno, Cristóbal, Sonia iba a mi derecha teniendo de acompañante al de pelo rojizo, David.

Un frío toque en mi brazo derecho me hizo estremecer y caer de golpe a la realidad.

—¿Te pasa algo, Ari? —preguntó Sonia mirándome preocupada.

La miré a los ojos y no pude remediar reprocharle con la mirada lo que estaba haciendo con él. Era mío. Pero muy en el fondo sabía que ni ella tenía la culpa de no saber que era él, ni que él era de mi propiedad. Por lo que me vi obligada a forzar una sonrisa, dándole a saber que estaba bien.

Ella me sonrió de vuelta y dejando su mano en mi brazo, miró al frente. Me arrepentí en el acto al hacer lo mismo, ya que fui testigo de sus miradas cómplices y de un insinuante guiño por parte de él.

Mis ojos se empañaron y cuando su mirada se posó en mí, tuve que mirar para otro lado para que no viera mis ojos anegados en lágrimas. Aún noté su mirada puesta en mi persona como cinco minutos, pero lo ignoré y seguí mirando el reposacabezas de Aarón como si fuera la cosa más interesante del mundo.

Una sacudida del coche me hizo ver que ya habíamos llegado a lo que se

supone sería la casa de los chicos. Y cuando me di cuenta de la magnitud de la situación, ya no me parecía tan buena idea. Es decir, estaríamos en su casa, donde las máscaras lo más seguro es que ya no hicieran falta para cubrirnos el rostro, otra cosa preocupante es que estaría en un lugar reducido con él incluido. Donde tenía su habitación, sus cosas... y lo que más miedo me dio, es que al final de la noche decidiera compartirla con Sonia.

—Vamos, preciosa, no te va a pasar nada. Te lo juro. —miré hacia Aarón que esperaba fuera del coche a que yo bajara. Los demás ya habían salido.

El rubio me dio una sonrisa amable y extendió el brazo entregándome su mano. Con un último suspiro le entregué la mía y bajamos para juntarnos con los demás.

La casa era grande y con un estilo moderno y caro. Se veía que estaban bastante bien económicamente y me acordé de que Marcos tenía dos trabajos. Por lo que no me extrañó que estuviera bien de fondos. Un gran salón presidía la casa con muebles de madera clara a juego con el sofá de cuero beige y las alfombras. Una televisión de pantalla plana, una play stations, una gran estantería con películas y videojuegos... toda una guarida de hombres, pero con buen gusto.

Aarón no soltó mi cintura en todo el rato y aunque estaba preocupada por lo que Sonia podría estar haciendo con Marcos, podía decir que me daba tranquilidad tenerlo a mi lado. Nos enseñaron toda la planta de abajo que constaba con una gran cocina de acero inoxidable y cristal y una pequeña salita con un gran balcón que dejaba ver la plateada luz de la luna reflejándose en el suelo.

Una risita bastante familiar me puso los bellos de punta. Sonia reía por algo que él le dijo y juro que si no fuera por el agarre del rubio, hubiera salido corriendo de allí para esconderme bajo mi cama y no salir.

—Oye, en serio. No quiero que tengas esa cara de susto —me habló Aarón

agarrándome de la barbilla haciéndome mirarlo.

—Lo siento —contesté verdaderamente avergonzada de mi misma.

Él me sonrió y con sus dedos acarició mi mejilla.

—Me muero por ver tu rostro por completo... aunque sé y estoy completamente seguro de que eres verdaderamente preciosa.

Agarré su mano alejándola de mi antifaz y le sonreí.

—Gracias. Pero no me quitaré la máscara. Quiero seguir siendo misteriosa por lo que queda de noche.

Él se rió dejándome ver sus blancos dientes y eh de reconocer que era guapísimo. Pero no tanto como él.

Al cabo de media hora estábamos todos sentados en los sofás de la sala, charlando amigablemente. Los chicos se habían quitado sus máscaras dejándonos ver sus rostros libres de obstáculos. Y aunque todos eran atractivos, Marcos se llevaba el premio. Podía jurar que más de una ocasión su mirada estuvo puesta en mí durante unos segundos, cuando no era acaparado por mi mejor amiga. Y podía decir que me gustaba eso de que no era tan transparente para él. Sonia como yo, opinó que nos quedaríamos con las máscaras. Ella por una razón completamente diferente a la mía, claro está. Ella solo quería hacerse la misteriosa dama y yo no quería que Marcos me viera la cara. Aunque no me conocía, no quería correr el riesgo de no poder seguir con nuestro juego. Era lo único que me quedaba...

—Voy al baño —anunció Marcos apartando la mano de Sonia que se encontraba muy a gusto posada en su pierna.

Yo seguí sus pasos mientras subía las escaleras de acero, hasta que se perdió de mi vista. Y pude respirar. Mi amiga me lanzó una sonrisa y me hizo saber lo ilusionada que estaba y lo peor: lo tanto que le gustaba.

—¿Tenéis cartas de póker? —dijo Sonia con una sonrisa pícaro.

—Sí, ¿sabéis jugar? —contrató David mirándola con claro signo de

burla.

Por lo que Sonia empezó a ponerse en modo competitiva y se levantó amenazándolo con su dedo. Con tan mala suerte que al levantarse empujó la mesa y el vaso de Aarón cayó encima de mí manchándome el vestido.

—¡Mierda! —maldijo Aarón ayudándome a levantarme.

El líquido se escurrió por mi vestido haciendo una gran mancha desde mis rodillas hasta el suelo.

—Ay... lo siento, Ari... fue sin querer. Yo...

—No pasa nada, tranquila. ¿Dónde está el baño? —pregunté en general.

—Subiendo las escaleras, al fondo a la derecha hay uno y otro a la izquierda. Marcos está allí arriba, entra en el que esté libre.

Tragué saliva nerviosa y me preparé para encontrármelo. Subí las escaleras procurando estabilizar mis piernas, ahora temblorosas. Llegué a un pasillo con puertas a los lados y anduve decidida a las dos últimas. Las luces estaban apagadas y lo único que iluminaba era la luna entrando por la ventana del final del pasillo.

Mi corazón latía con fuerza haciéndose el único sonido que allí se escuchaba. En la puerta de la derecha se filtraba luz, por lo que supe que ahí estaba él. Y en cuanto me paré frente a la puerta del otro baño, la otra se abrió detrás de mí dejándome conteniendo la respiración.

—Hola, ¿estás buscando el baño? —me preguntó con voz demasiado dulce como para resistirme.

Me di la vuelta y lo encaré en la casi penumbra del pasillo. Solo sus ojos eran iluminados por una gruesa franja de luz de luna, haciendo brillar esos orbes grises, más aún. Y no pude soportarlo más. Lo agarré de las solapas de la chaqueta y junté mis labios contra los suyos. Sus manos pronto agarraron mis caderas y presionó mi espalda contra la puerta detrás de mí. Lo besé como si fuera la última vez, degustando su sabor. Memorizando sus labios

con mi lengua.

—Eres tú... Eres tú. Lo sabía. Lo sabía —murmuró con voz ronca sobre mis labios.

Volvió a besarme ésta vez con más ganas proporcionándome más placer y deseo por él. Se volvió a separar y jadeamos al unísono respirando el uno del otro.

—Lo siento... —se disculpó posando su frente en la mía—, solo quería provocarte. Pero puedo decir que estás más bonita aún, estando celosa.

Me alejé poniendo más distancia.

«¿Jugó con los sentimientos de mi amiga solo para hacerme cabrear y por ende, besarlo?»

Me fui alejando de él con la intención de salir corriendo, pero su mano agarró mi muñeca acercándome a él, hasta que estuvimos pegados de nuevo.

—Ya dije que lo siento...

—Tengo que irme.

—¡No! No, no, no... —dijo desesperado agarrándome más fuertemente por la cintura y la muñeca—, no te vayas... ¿tu nombre real es Ari? Es así como Sonia te dijo.

—No... y no lo sabrás. Ahora déjame ir —susurré intentando alejarme de su calor.

Y me soltó. Por lo que aproveché la oportunidad y salí corriendo escaleras abajo.

—Sonia me encuentro mal, quiero irme a casa.

Ella me miró al tiempo que acababa con un chupito y al ver mi cara, no me discutió. Agarró su bolso y despidiéndose de los chicos y de un mudo Marcos que se encontraba en las escaleras, nos fuimos.

Esa noche le conté a Sonia quién era él. Y por más que ella se disculpara por haber intentado ligar con alguien que me gustaba, yo ni la escuchaba.

Solo quería dormir. Dormir y olvidarme de todo aunque solo sea por unas horas.

Capítulo 7

Séptimo beso, sudoroso



—Repíteme otra vez ¿por qué razón me has hecho levantarme a las ocho de la mañana un domingo? —se queja Sonia bostezando.

Ruedo los ojos y la saco a rastras de su edificio.

—Vamos a ir al gimnasio nuevo. Y podemos ir toda una semana gratis de prueba. —dije lo más animada posible por si así le pegaba algo de entusiasmo.

Sonia gimió en protesta pero se subió a la moto sin rechistar más. Conduje despacio procurando no hacer movimientos bruscos, ya que por los leves ronquidos de Sonia, supe que se había dormido. El nuevo gimnasio, llamado: Simons, se encontraba casi a las afueras de Jerez junto a un centro deportivo. Aparqué en un hueco libre junto a un todoterreno y otra moto y sacudí mis hombros intentando despertar a la bella durmiente.

—Sonia, despierta...

Ella balbuceó algo que no pude entender y soltó un suspiro antes de seguir durmiendo. Incluso un hilillo de baba caía de su boca amenazando con mojar mi hombro desnudo.

—¡Por el amor de la virgen, Sonia!

Sus ojos se abrieron de par en par y con cara de espanto miró de un lado a

otro como si un asesino en serie estuviera a punto de atacarnos. Su mirada se paró en mí y apiñó su rostro, intentando parecer peligrosa. Yo me reí en su cara antes de bajar.

—Eres una insensible, ¿sabes que despertando así a la gente puedes provocar que mueran de un ataque al corazón? —Escupió bajando de la moto y parándose a mi lado con los brazos cruzados por debajo de sus pechos—. Más te vale que haya chicos tremendamente buenos allí adentro o si no vas a estar rascándote por una semana.

Ruedo los ojos y bufo. Sabía se refería a echarme una especie de polvos pica, pica en mi ropa. Ya lo hizo una vez y creedme que lo pasé realmente mal.

Anduvimos hacia la entrada del edificio recién pintado y cruzamos las puertas dobles. Un hombre más parecido a una nube que a un hombre con todos esos bultitos, nos miró con sus ojos azules y sonrió amablemente.

—Hola, buenos días. Veníamos a la semana de prueba —saludé sonriéndole abiertamente acercándome al mostrador.

—Perfecto, sigan por éste pasillo y verán diferentes clases. Al final está la sala común donde se encuentran las máquinas de correr, bicicletas y pesas. Podéis entrar en la que queráis.

—Gracias.

Asintió y agarré de la mano a Sonia y así seguir andando. La primera clase que vemos ya estaba empezada, era aeróbic. Donde una chica atractivamente atlética, con una larga trenza morena cayéndole por la espalda, daba la clase a la gente que allí había. La segunda estaba vacía pero vi un montón de balones grandes por el suelo. Las demás eran de Zumba, Body Jump y bailes latinos. Con la última casi salté de la alegría y me prometí venir a ésa, mañana. Sonia no paraba de resoplar al ver a toda aquella gente sudando como cerditos. Mi amiga era extremadamente floja en los deportes y me daba verdadera envidia

que pudiera mantener ese cuerpo tan espectacular sin hacer ningún tipo de dieta o ejercicio.

Llegamos a la sala común donde mis ojos y los de mi querida amiga brillaron. Alrededor de veinte tíos, estaban frente a nosotras de espaldas, montados en diferentes máquinas. Mordí mi labio tan fuerte que pude saborear la sangre en mi boca.

—Te amo, Ari... —murmuró Sonia con voz de pito.

—Yo también me amo en este momento... —contesté hiperventilando al ver a un muchacho sacar su húmeda camiseta dejándonos ver su precioso y esculpido pecho.

—Creo que me voy a correr...

Tres de ellos más cercanos se voltearon y nos miraron con claras sonrisas socarronas, incluso dos de ellos guiñaron sus ojos a nuestra dirección. Golpeé la nuca de mi mejor amiga y la agarré de la mano distanciándonos de allí lo antes posible.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Dónde carajo se metió tu filtro, Sonia?

Ella ni siquiera me miraba a mí. Se estaba mordiendo el labio mientras le sonreía y saludaba a uno de los chicos que se encontraba corriendo en la cinta. El pobre tropezó con sus propios pies y casi se come la máquina.

—¡Compórtate! —la reprendo.

Ella dejó de coquetear con los hombres y se montó en la bicicleta dándoles la espalda. O más bien: el culo. La muy zorrón dio pedaladas de pie, cerciorándose de que su culo se quedara empinado. Pude escuchar unos cuantos gruñidos provenientes de los hombres, ante ese gesto de mi querida amiga. Rodé los ojos y me monté en la bicicleta de al lado, intentando ignorar más gruñidos de parte de los chicos. Parecían leones queriendo hincarnos el diente, como si fuéramos cervatillos de carne tierna e irresistible.

—Bueno y... —empezó a hablar Sonia empezando a jadear—... ¿has

visto a Marcos?

Sonreí como una idiota y asentí al mismo tiempo que el calor subía por mi cara haciéndome sonrojar. Lo vi otra vez aunque fue durante solo unos segundos. A través de la ventana del video club. No hubo beso robado esa vez. Pero solo porque el encargado le regañaba por no sé qué cosa y no quise meterme.

—Estás pillada de verdad... —afirma sonriendo un poco.

—Puede que sí... —murmuré sin dejar de sonreír.

Seguí pedaleando como una media hora, hasta que no pude aguantar más y me bajé toda sudorosa y fatigada por el esfuerzo. Sonia hacia quince minutos ya había desistido y había ido a ver a uno de los chicos, con la excusa de que le enseñara a hacer pesas.

Sequé mi sudor con una pequeña toalla que traje en mi bolsa de aseo y miré como el chico coqueteaba con ella a la vez que toqueteaba más de la cuenta su cuerpo, colocándolo correctamente.

Rodé los ojos largando un suspiro y avancé hacia fuera donde un letrero indicaba SAUNA a la derecha. Miré de nuevo hacia mi amiga viéndola demasiado ocupada, por lo que me encogí de hombros y fui hacia la sauna. Me desnudé en uno de los compartimentos y enrollé una toalla blanca tapando mi cuerpo, para luego dirigirme hacia la sauna femenina. Bufé cuando vi que había como veinte tías allí metidas. Y casi todas parecían salidas de una revista de modelos.

Miré a mi izquierda donde la sauna de chicos estaba vacía, salvo por uno que parecía estar dormido con una toalla tapándole los ojos. Así que en silencio me encaminé hacia allí y entré, en el cubículo de vapor hirviendo, cerrando tras de mí. El chico se removió pero se volvió a relajar largando un suspiro. Su torso desnudo y bien definido estaba perlado de sudor haciendo que mi boca se secase de repente. Una toalla era lo único que cubría desde su

cintura a sus rodillas. Y no pude remediar fantasear con arrancársela para ver lo que había debajo. Supe quién era en el mismo instante en el que entré. Era Marcos. Al destino tengo que caerle de puta madre para ponérmelo en el camino casi cada día. Esos labios y ese cuerpo que dios le dio, era malditamente inconfundible.

Sonreí dando pasos hacia él intentando hacer el menor ruido posible. Se veía tan relajado y bonito así. Se tensó al sentir mi presencia demasiado cerca y me senté a horcajadas encima de él sujetando sus manos a cada lado en la banca. Reteniéndolo.

—Bésame ya... —pide al cabo de unos segundos.

Sonríó y me acerco poco a poco a sus labios. Su respiración se aceleró al igual que su pulso que latía furioso en su cuello. Besé su barbilla. Jadeó y se removió debajo de mí haciéndome sentir que ya estaba excitado.

—Si te beso ahora no sería un beso robado... —susurro rozando mis labios sobre su cuello.

Él tragó saliva nervioso y suspiró intentando tranquilizarse.

—Solo hazlo...

—No.

—Por favor...

—¿Sabes lo guapo que te ves suplicando...? Haces que tenga ganas de tomar todo lo que me plazca de ti.

Gimió con la boca fuertemente cerrada y se volvió a mover debajo de mí.

—¿Por qué me torturas de esta manera? Porque no me besas de una...

Y lo callo con mi boca quitándole mi tan ansiado beso. Con cada caricia le demostré que era mío. Que me pertenecía solo a mí. Y lo hice ver de la única manera que sabía. Besándolo con ganas, robándole el aliento, suspiros y gemidos.

Sus manos que antes estaban retenidas por mis manos, agarraron mi

trasero acercándome más a él haciéndome gemir en su boca. La toalla que tapaba sus ojos ahora yacía en dios sabe dónde y no me importaba. Solo quería besarlo hasta saciarme y no creía que fuera pronto.

Pero de un momento a otro la puerta se abre haciendo que salga de su regazo y viendo con cierto temor al hombre grande que miraba con asco la escena. Salí corriendo, asegurando fuertemente mi toalla, sin mirar atrás.

Eso fue realmente vergonzoso. Pero por una razón desconocida estaba sonriendo y feliz de la vida, con otro beso más, que anotar a la lista de besos robados.

Capítulo 8

Octavo beso, a toda velocidad



—¿Estás segura de que irán?

Ella rueda los ojos y da la última pincelada a mi ojo derecho. Ésta noche nos vamos al cine a ver una de esas películas de acción que a los hombres les gusta tanto. Y todo porque Sonia había visto en el Twitter de uno de los amigos de Marcos, que iban a ir a al estreno.

—¿Y por qué iban a decir que iban al estreno en una red social? —Gruñe a la vez que guarda todo el maquillaje en su bolso—, si quieres seguir tu maldito juego, más vale que nos vayamos ya.

Entrecierro los ojos confusa mientras la veo colocarse los zapatos y rociar un poco de mi perfume en su escote. Ella se percata de mi mirada y parece ponerse nerviosa.

—¿No es que tú no estabas de acuerdo con que siguiera robándole besos?

—Bueno, se ve que te gusta y a él también. Me he dado cuenta de que no es malo arriesgarse de vez en cuando—, se encoge de hombros y se ahueca el pelo, ahora con un poco de volumen.

—¿Quién coño eres y qué has hecho con mi mejor amiga?

Ella sonrío enigmática a la vez que un rubor le trepa por las mejillas. Pero no me da tiempo a decirle nada que agarra su bolso y mi brazo y me arrastra

fuera de casa. Tenemos diez minutos para llegar antes de que empiece la película. Solo espero poder conseguir asiento junto a él.

—¡Mierda! —maldije al ver en la pantalla de fuera, que la película ya había empezado.

Sonia gruñó a la vez que me agarró del brazo instándome a seguir andando hacia la taquilla. El centro comercial estaba a reventar de gente, y entre empujones nos colamos a la mitad de la cola. En cuanto tuvimos los tickets y un refresco corrimos como dos posesas hacia la sala, y di un suspiro de alivio al ver que no estaba tan llena como creí. Me agazapé a la pared y miramos hacia las gradas.

Estaban allí, pero al contrario de lo que pensé solo estaba Marcos y David y algo me decía que mi amiga estaba allí no precisamente para ayudarme a mí. Y lo pude corroborar cuando se quedó observándolos embobada desde nuestro escondite.

—No me digas que te gusta David... —susurré con guasa haciéndola salir del trance de un brinco.

Ella me miró con claros signos de enfado pero cuando iba a abrir la boca para hablar, los créditos de la película acabaron y el film estaba a punto de comenzar.

Me puse en cabeza y ayudándome de la oscuridad que nos sumía, subí las escaleras hacia los asientos justo detrás de ellos, sin que se percataran de nuestra presencia. O si lo notaron, seguro pensaron que sería un espectador más.

En cuanto me senté, solo podía ser capaz de mirar su cabeza. Su pelo, su sedoso cabello al alcance de mis dedos. Pero me detuve. No podía ser descubierta por el amigo, por lo que esperamos a que se volviera a oscurecer para actuar.

—¡Ahora! —le susurré a mi amiga.

Ella con una sonrisilla volcó su refresco encima de David haciendo que éste de un chillido ahogado y se levantara de un tirón. Sonia se disculpó poniendo una voz de pito que estoy segura nadie se la creería. Y como estábamos en la completa oscuridad él no pudo reconocerla. Gruñendo y diciéndole a Marcos que se iría a secar, se fue de su asiento hacia fuera de la sala. Mi amiga corrió detrás de él y aunque estuve tentada de seguirlos para ver qué demonios iba a hacer, me di cuenta de que ésta era mi ocasión.

Me levanté de mi asiento y salté al de su lado, sentí como se giró pero antes de que dijera nada, lo agarré de las orejas y lo besé.

Soltó una risa entre medio del beso, haciéndome ver que sabía quién era. Seguimos besándonos por un rato, hasta que dije que ya era suficiente. Me fui de allí cuando la calentura subió demasiado y se me ocurriera cometer una locura. Una peor.

Encontré a Sonia saliendo de los baños, recomponiéndose la blusa como si allí hubiera hecho un crimen o en su defecto, follar como desquiciada con cualquier pobre diablo. Pero no le di demasiada importancia, la agarré del brazo y nos largamos de allí, aun saboreaba el delicioso sabor a mantequilla salde sus labios.

Capítulo 9

Noveno beso bajo el agua



Marcos

Me despierto desorientado y miro de un lado a otro creyendo estar en otro sitio. Y sobre todo creí que estaba con ella. La mujer que ocupa mis sueños desde hace un tiempo. Aquella que me roba besos sin siquiera pedirme permiso. «Por algo se llaman besos robados, Lumbreras»

Restriego mi cara para hacer desaparecer el sueño y me incorporo saliendo de debajo de las sábanas. Las voces de los chicos de escuchaban abajo y supuse que estaban desayunando. Suspiro pesadamente y voy al baño pasando por el pasillo. Me quedo parado entre los dos baños recordando aquella noche donde me robó otro de mis besos. Estaba tan bonita. Es estresante eso de que no le haya visto el rostro completamente.

Estoy hartándome un poco con su maldito juego.

¿Pero a quién quiero engañar? Me encanta que me robe besos. Lo que no me gusta es que cada vez que lo haga, me quede tan imbécil, que no me da tiempo de verla antes de que se haya marchado.

Me desnudo, abro el grifo de la ducha y sin importarme siquiera que tan fría esté, me meto debajo de la cascada artificial y me dejo ir. Pero estoy tan desesperado y obsesionado que me la imagino conmigo allí. Cierro los ojos

más fuertemente deseando que no se vaya la sensación de su presencia.

Definitivamente estoy demente...

Gruño y pego un puñetazo a la pared azulejada de la ducha y noto como el agua se va poniendo cálida. Relajándome. Me tiene loco. Incluso imágenes de su pelo atraviesan mi mente. Ese rubio casi dorado, suave y sedoso. Entre mis dedos. Gimo cuando revivo sus besos, tan vívidos que parecía estar saboreándolos. La sensación de sentir su lengua invadiendo mi boca es tan placentera que me vuelve a hacer gemir.

—¡Mierda! —maldigo jadeante al ver cómo de excitado estoy.

«¿Hace cuánto no estoy con una mujer?»

Aunque sé, por mucho que lo intente, que a la única que quiero tener es a ella. Ella. Ni siquiera se su maldito nombre.

Vuelvo a golpear la pared y termino de ducharme antes de volverme más loco. Me visto con lo primero que cojo de armario y bajo las escaleras encontrándome con mis amigos desayunando juntos, en la mesa de la cocina.

—Buenos días bella durmiente... —se burla David.

Le doy una mirada que no es nada agradable y se caya metiéndose un donut en la boca. Me siento junto a Aarón y Cristóbal y cojo uno de los donuts de chocolate.

—Por cierto... —habla David llamando mi atención de nuevo—, ¿a qué no sabes a quien me encontré en la cafetería?

Lo miro y espero a que se digne de hablar.

—A la amiga de tu rubita.

—¿Por qué dices que es suya?

Le doy una mala mirada a Aarón dejándole claro que ella es malditamente mía.

—Ni siquiera sabes quién es —rebate el rubio poniéndome más furioso a cada momento—. Además, me gusta —termina.

—Aarón... —le advierto sintiendo como mis manos se convierten en puños preparándose para la acción.

—Calmaos de una vez. Marcos déjame terminar y Aarón sabes que Marcos la conoció antes.

Después de desafiarnos con la mirada durante unos segundos, le vuelvo a dar mi atención a David.

—Bien, gracias. —Bufa—, el caso es que me encontré a la morenita amiga de la rubia y le dije que si quería apuntarse a nuestra salida ésta noche...

—¿Perdón? —Interrumpió Cristóbal—. Te recuerdo que demasiado nos estamos jugando ya, en entrar sin permiso. Y sabes que las mujeres son chillonas.

—¿Y qué te dijo? —pregunto haciendo caso omiso a mi amigo.

David sonrío y mueve las cejas sugestivamente, me hace sonreír de inmediato. Volveré a verla ésta misma noche. Tenía que hacerle perdonarme. La otra noche se fue un poco mosqueada y todo por mi maldita culpa. Cuando supe que era ella, quise que sintiera deseos de volver a besarme, solo para marcar su territorio. Me encantó como de celosa se puso solo por hablarle de manera delicada a su amiga. Pero por mucho que me gustase, no me sentí bien cuando se fue de aquella manera. Tenía que arreglarlo. Hoy iba a ser yo el que le robara un beso.

—Silencio... —hice un gesto para que dejaran de cuchichear y abrí el agujero de la verja que previamente, hace ya tres años, hicimos.

Entramos de uno en uno al recinto cerrado y nos escondimos detrás de los arbustos en donde sabíamos había cámara de seguridad. Andamos despacio mirando cada paso que dábamos. No había demasiada seguridad por lo que al salir de los matorrales entramos en la zona de césped donde la gran piscina

pública se extendía solo iluminada por la tenue luz de la luna llena.

—Cada día me gusta más venir aquí... —murmura David quitándose los pantalones y camiseta para quedarse solo en calzoncillos negros.

—¿Hoy no te quedas desnudo, marica? —se mofa Cristóbal que sí se desnudó completamente.

—Hoy vienen chicas te recuerdo... no quiero que piensen que soy un degenerado. —hizo un gesto de falsa modestia y yo me carcajeé junto con Aarón.

Yo sí me desnudé completamente, la muñeca rubia tendría que lidiar conmigo así. Me encantaba la sensación de libertad. Aarón hizo como David, quedándose en calzoncillos rojos y se tiró al agua mojándome a su paso. Gruñí por lo fría que estaba y antes de pensármelo dos veces me zambullí de cabeza quedándome unos segundos buceando. David se quedó fuera a esperar a las chicas. Sonia, la morena, le iba a avisar por un mensaje.

Yo nadé y nadé hasta cansarme. Me quedé flotando boca arriba disfrutando de la luna que iluminaba majestuosa.

Pero mi calma duró poco cuando Cristóbal empezó a querer ahogarme. Me defendí y reímos como dos niños jugando en el agua.

—¡Ahhh...!

El chillido femenino me hizo dejar a un lado a Cristóbal y vi como las dos chicas nos miraban. Sonia con la mano de David en la boca, supuse que ella había sido la que gritó. Sin embargo la rubia me miraba a mí, con su labio entre sus dientes. Y entonces mi embotado cerebro reaccionó y mis ojos escudriñaron su rostro ahora libre de cualquier obstáculo. No me imaginé nunca como de hermosa podía ser. Lo que en mi cabeza me imaginaba, no le hacía justicia. Y si ya me quedé embobado viéndole su preciosa cara, imagínense cuando empezó a quitarse su fino vestido verde, quedándose solo en ropa interior negra. Tragué duro sintiendo como mi cuerpo respondía. Me

fui acercando a la orilla, a los escalones y observé cada uno de sus movimientos. Primero deslizó una tiranta de su sujetador luego la otra hasta que en un parpadeo la prenda cayó inerte en el suelo. Dejándome la mejor vista que jamás mis ojos vieron. Volví a tragar sintiendo como mi boca se humedecía sobremanera, mi lengua deseosa de probar esa blanca piel. Sus bragas permanecieron en su sitio haciéndome quejar en mis pensamientos.

Ella se acercó como una sirena, bañada por la luz plateada de la luna. Sus pies tocaron el agua acercándose poco a poco a donde yo estaba. Di pasos atrás dejándole el espacio que ella necesitara para entrar por completo al agua. Hasta que por suerte o por desgracia trastabillé con mis pies y me zambullí en el agua cogiéndome por sorpresa.

Pero lo que más sorpresa me dio es verla bajo el agua hasta quedar pegada a mi cuerpo y sus labios devorando los míos sin una pizca de piedad.

Otro beso robado que me supo a gloria.

Cuando nos separamos ambos salimos a la superficie, jadeantes en busca de oxígeno. Pero poco pude retener en mis pulmones cuando sus piernas rodearon mi cintura y me volvió a besar sin esperármelo de nuevo. Mordisqueó mis labios y tironeó de mi pelo atrayéndome más hacia ella. Yo acaricié cada palmo de su anatomía disfrutando de cómo se sentía tenerla así de cerca.

—Dejad algo para cuando estéis solos, tortolitos.

La rubia soltó mis labios y mi cuerpo, dejándome vacío y frío. Deseando volver a sentirla. Pero ella ya se marchaba de mi lado nadando hacia donde estaban mis amigos y su amiga. Suspiré con pesar sabiendo que ya había recibido mi dosis de hoy. Algo me decía que aquella rubia de cuerpo sinuoso me iba a dejar con las malditas ganas de un nuevo beso. Y sonreí como un gilipollas queriendo seguir siendo partícipe de su juego.

Capítulo 10

Décimo beso, made in Ari



—Como no estés aquí en cinco minutos, te doy una patada en el culo y no vuelves...

Resoplo y me levanto de la cama para empezar a vestirme.

—Voy para allá, lo siento. No volverá a ocurrir.

—¿Cuántas veces me dijiste eso?

—No volverá a pasar.

Cuelgo el teléfono y me ato las zapatillas rápidamente. Llegaba tarde de nuevo a la pizzería y todo por culpa de ella. Estuve toda la noche sin poder tocarla, tan solo viendo como jugaba en el agua con su amiga y huía de mí cada vez que intentaba acercarme. Por su culpa estuve toda la noche sin dormir a penas, solo teniendo su cuerpo grabado en mi retina. Deseando tenerla allí conmigo. Metida entre mis sábanas y disfrutar de sus besos todo lo que quisiese.

Bajé las escaleras encontrándome la casa en silencio. Todos estarían en sus respectivos trabajos, sentados en sus malditas sillitas de cuero y no haciendo una mierda. Mientras yo me mataba a trabajar para conseguir pagar mi parte. Gracias a que soy huérfano y nadie dio un duro por mí, me tocó vivir solo y ganarme la vida sin estudios ni carrera. Era un inútil que lo único

que sabía era repartir pizzas y colocar carátulas en estantes.

Gracias a dios Cristóbal iba con Aarón en su coche, por lo que el de él me lo dejaba para yo ir a donde me hiciera falta. Aparqué frente a la pizzería donde ya estaba el encargado esperándome en la puerta mirando el reloj. En cuanto me vio llegar, alzó los brazos y me dio una mirada de pocos amigos, antes de darme cuatro cajas de pizzas y el papel de la dirección donde llevarla. Por un lado tenía la esperanza de que volviera a tocarme llevar algo al trabajo de Ari. Porque al fin supe que de verdad se llamaba así.

Pero no, no me tocaba llevar nada allí.

Repartí como cincuenta pizzas y estaba ya harto de ir de un lado a otro con una maldita moto que más bien era chatarra. Mi día iba de mal en peor, y todo lo que hacía, era mirar la puñetera hora a cada rato, viendo cómo pasaba el tiempo y que hoy no conseguiría ningún beso de Ari. Sería demasiada coincidencia pero ¿no era ya una gran coincidencia todas las veces que me había robado un beso?

Suspiré y quité el sudor de mi frente. Estaba yendo a casa y con el calor que hacía y el coche sin aire acondicionado, me estaba derritiendo. Mi móvil sonó con la entrada de un mensaje y en cuanto aparqué, miré quien era el que estaba molestándome.

Desconocido:

Espero que no te importe, pero pedí tu teléfono a Aarón. Bueno... técnicamente se lo robé, ya que no quería dármelo. En fin... soy toda una profesional en eso de robar cosas ajenas (e.e) tú ya me entiendes. El caso es que estoy enferma y no he salido a la calle. Por lo que eso de encontrarnos y robar otro de tus besos no será posible. Te mando uno desde la cama. :*

Sonreí como un tonto al leer el WhatsApp y contesté casi temblando por la emoción que tenía en el cuerpo. Era como un maldito adolescente enamorado de la chica rubia de su clase.

Marcos:

Cuanto me gusta que te mueras por mis huesos, rubia. No me molesta que le hayas robado mi teléfono a Aarón, lo que sí me molesta es que hayas estado con él. Sé que eres toda una profesional en eso de robarme besos, pero tranquila llegará el día en que nos intercambiamos papeles. Espero te recuperes. Si quieres voy a visitarte y te llevo un beso a domicilio. Tengo todos los que quieras, de todos los tamaños y formas. :*

Le doy a enviar y salgo del coche llevándome conmigo las llaves de casa y el móvil. El sonido de un nuevo mensaje me hace sonreír de nuevo.

Desconocido:

Creo que vi surcar el cielo a tu ego, cariño. Y eso que leo son celos?? Tranquilo sexy, tus labios son los únicos que provocan mis ganas de delinquir. Y tus besos, un dulce premio. Yo también espero recuperarme pronto aunque ahora que lo dices... me encantaría tener muchos de esos besos ahora mismo. A qué número hay que llamar para pedirlos?? A lo mejor el repartidor me gusta y todo... 7u7

Marcos:

Imagen

Espero que ese repartidor te vaya bien...

Rubia:

O.O es que no tienes consideración de una pobre enferma? Quieres matarme, no?

Marcos:

Quiero que me robes un beso...

Rubia:

Imagen

Ahí va un beso made in Ari. :p

A este paso me iba a entrar un ataque al corazón... no sabía que solo por

el simple hecho de hablar con ella, me ponía así. Miré de nuevo la foto que me había mandado y me vi a mi mismo acercando mis labios a la pantalla como si así fuera a sentir sus labios. Estaba loco de la cabeza...

Marcos:

Me estás haciendo hacer locuras... voy a ducharme estoy sudado.

Rubia:

Quieres que vaya a acompañarte? También necesito una de esas... creo que tengo fiebre y me vendría bien un baño de agua templada.

Marcos:

Si me acompañaras te aseguro que la fiebre no se te bajaría...

Rubia:

puedo al menos mirar?

Marcos:

No...

Rubia:

Aguafiestas. Te odio... :c

Marcos:

No lo haces... me amas.

Esperé a que me contestara, pero sin embargo se desconectó dejándome como un pasmarote viendo los dos putos tics azules. Bufo y me quito el pantalón junto con los calzoncillos y así empezar mi ducha relajante. Tenía que quitar ésta tensión de alguna forma... y la imagen de Ari desnuda, en mi mente... sería de mucha ayuda.

Capítulo 11

Undécimo beso, furioso



Unos días después.

—¡Chicos! ¡venid a ver esto!

El grito de Cristóbal retumbó en toda la casa casi igual que las pisadas apresuradas de David bajando de las escaleras. Eran como unas niñas tontas cuando algo les causaba emoción. Salí de la cocina llevando un break de zumo conmigo. Aarón se sentaba en el sofá frente a los otros dos por lo que me tocó compartir sofá con él. Desde Ari, todo ha ido a mal entre nosotros. Está seguro de poder conseguirla incluso pasándome por lo alto a mí. Cosa que no iba a consentir, claro.

Me siento al mismo tiempo que nuestras miradas se cruzan. Me reta unos segundos hasta que Cristóbal habla.

—Cortad el royo, joder. ¿en serio una mujer merece que os llevéis así? — resopla.

Le doy una mirada envenenada haciéndolo tragar nervioso.

—Bueno, ésta noche hay una fiesta en la playa ¿y a que no sabéis quien me dio invitaciones?

Nos mira a cada uno de nosotros creando un silencio misterioso, que David rompe al darle una colleja fuerte en la nuca.

—Dilo de una vez, capullo... —reclama Aarón a mi lado.

—Bien —resopla frotándose la zona afectada. Sonríe al cabo de unos segundos. —, solo diré su apodo. La pezones.

Me atraganto con el zumo que en ese momento bebía causando las risas de los chicos.

—Qué bien, amigo... —me palmea Aarón la espalda—, volverás a ver a tu ligue del instituto. —una sonrisilla concedora curva sus labios.

—Ella ya no es nadie para mí.

—Pero tú si lo eres para ella, Marquitos... —canturrea Cristóbal.

Lo miro con el ceño fruncido esperando a que diga algo más. Pero él solo sonríe y mueve las cejas sugestivamente. David lo imita y me pongo de los nervios. Ganas no me faltaron para retorcerles el cuello hasta verles el rostro morado.

—¿Qué coño quieres decir? Y dejaos de dar putos mensajes subliminales, no os entiendo una mierda, joder.

—Vale, vale... —alza las manos Cristóbal en símbolo de rendición—. Cuando te pones a maldecir como camionero das mucho miedo. El caso es que Gabi, más conocida por “la pezones” es la que me regaló las entradas solo para verte a ti. Pero claro, sabía que no ibas a ir solo por eso la razón de éstas preciosas y brillantes entradas. —enseñó cuatro entradas perfectamente diseñadas de tonos azules y tierra en sintonía con el tema de la fiesta en la playa.

—No voy a ir... —afirmo levantándome del sofá llevándome el break vacío a la cocina.

—Venga, Marcos... le han crecido las tetas, y ahora tiene más dinero. Hasta conduce un Ferrari.

—Me importa un carajo el dinero que tenga y el dinero que se haya gastado para ponerse más tetas. Ahora solo tengo en mente a una mujer.

Cuando cierro el frigorífico me sobresalto al ver a los chicos mirándome con reproche.

—Me pidió expresamente que fueras. Si no vas no podremos ir nosotros.

—¿Y por qué no? —pregunto incrédulo.

—Porque ella quiere verte, y en cuanto vea que no vienes, le pedirá a sus dos gorilas que nos echen a patadas. Y eh de decir que son enormes. —asiente con cara asustada.

—No te hagas tantas ilusiones con Ariadna —dijo Aarón mirándome fijamente con expresión dura.

Suelto una risa despectiva y me acerco a él amenazante. Dos pares de manos me sujetan de los brazos antes de que nuestro pecho choque.

—Aléjate de ella, Aarón. Puedes follarte a cual mujer te salga de los huevos. Deja a Ari en paz —amenazo intentándome zafar del agarre de los otros dos.

—No es nada tuyo, compañero... y no quiero follar con ninguna que no sea esa belleza rubia. Me gusta de verdad y no descansaré hasta tenerla para mí.

Doy un paso adelante con la intención de embestirlo, pero el agarre de los chicos se hace más fuerte, inmovilizándome por completo.

—¡Parad los dos de una puñetera vez! —gruñe David.

—Ella será la que decida con quien quiere estar. Hasta entonces cualquiera de los dos es libre de conquistarla. Aunque me parece rastrero y de ser un perro que le hagas eso a tu amigo, Aarón. De sobra sabías que a Marcos le gustaba desde antes que tú la conocieras —le reprocha Cristóbal.

—¡Pero si ni siquiera le vio el rostro! —gritó furioso—. ¡No supo su nombre hasta hace unos días, joder! ¡Solo porque la chica le robara un beso que otro no significa que lleve su puto nombre!

—Dejadlo ya... tenemos cocas que hacer antes de la fiesta —medió

David.

—Ya dije que no pienso ir —contesté zafándome por fin.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo caer en la tentación? —Se mofa Aarón con claro signo de grandeza—. Tanto no te gustará la rubia si te es tan difícil estar rodeado de tías. Seguro que a la primera de cambio te tiras a una, sin importante una mierda.

En dos segundos tenía la camiseta de Aarón empuñada en mis manos y mi cara a dos centímetros de la suya.

—Escúchame bien, Aarón, que tú seas un cabrón y un infiel, no me convierte en tu igual. No todos pensamos como tú. Si no quiero ir a esa puta fiesta es porque no puedo permitirme el lujo de comprarme una puta botella de cerveza. Tampoco puedo costearme un conjunto para la ocasión. Todo lo que gano es para pagar mi parte de la casa y los gastos de comida. Que tú seas un maldito hijo de papá y que te limpies el culo con billetes de cien, no todos corremos con la misma suerte.

Suelto su camiseta y tras una mirada de desprecio, salgo de la cocina sintiendo a David y a Cristóbal detrás de mí.

—Oye, Marc —habla David agarrándome del brazo—, no te preocupes por eso, hermano. Tenemos cerveza suficiente para todos y si quieres puedo darte un par de camisas. ¿Qué dices? —sonríe amablemente.

—No quiero caridad de nadie, David. Voy a ir a esa fiesta pero solo para que vosotros entréis. Luego me largaré de allí.

Y antes de que nadie me diga nada más, subo las escaleras con los pies pesados y me encierro en mi habitación. Solo quedaban unas horas para la maldita fiesta.

Me miro en el espejo y suspiro en cansancio. Unos simples jeans negros y una camisa azul marino, era todo lo que tenía más o menos presentable. No

era una fiesta normal en la playa, la cual todo era fiesta, alcohol y bikinis. Era una fiesta pija de señoritas y señoritos haciéndose dueños de una playa. Claro está que todo eso era pagado por el magnate de las finanzas Trevor Mackenzie, padre de mi ex novia del instituto. O más bien mi ex novia loca del instituto. Al principio de estar juntos era todo maravilloso. Gabriela era una chica preciosa con cara angelical, que con tan solo sonreír te enamoraba. Fue nombrada por “la pezones” porque al tener poco pecho, nunca llevaba sujetador, por lo que sus pezones se señalaban en cualquier camiseta o jersey que se ponía. Muchas de nuestras peleas fueron por eso. Me considero un hombre celoso, no al extremo de asesinar a cual tío que se acerque a mi chica, pero sí me cabreo con facilidad. El caso fue que al cortar con ella, estuvo como dos meses acosándome. Siguiéndome allá a donde fuera. Incluso llegué a pensar que la que me robaba besos era ella y no Ari.

No hay que decir qué nivel de alivio sentí al averiguar que no era ella.

—Marcos. —Aarón toca mi puerta y abre sin esperar mi permiso.

—¿Qué quieres? —espeto sentándome en la cama para atarme las zapatillas.

—Bueno, yo...

Cuando termino, lo miro. Estaba nervioso y mirando a todos sitios menos a mí.

—¿Qué quieres ahora, Aarón? No tenemos mucho tiempo, la fiesta ya habrá empezado.

—Solo quería disculparme. —suspiró y se sentó a mi lado—. perdón por lo de antes, solo... —volvió a resoplar y se desordenó su ya desordenado pelo rubio.

—Estás perdonado. Ahora vámonos.

Me levanto con la intención de irme, pero él me agarra del antebrazo impidiéndome.

—De verdad que lo siento, Marcos. Solo es que me da rabia de que Ariadna te prefiera a ti antes que a mí. Me gusta mucho y... estoy muy celoso.

—Tendrás que pelear mucho conmigo...

Me suelto de su agarre y ando fuera de la habitación dejándolo solo.

Me reúno con los demás en el salón y escucho como baja Aarón a los pocos segundos. Todos vamos en el coche de Cristóbal ya que era el más grande y ponemos rumbo a la dichosa fiesta.

En cuanto llegamos, el estatus se olía en el aire. Vamos, que a diferencia de mí, nadie se bañaba en colonia de imitación.

Cruzamos los cordones de seguridad en cuanto un hombre de considerable estatura verificó nuestras entradas y vestimentas. Más de una mirada me dieron a mí, pero en cuanto vieron mi nombre en la lista, me sonrieron amablemente y me dejaron pasar como si fuera un famoso.

Un chillido agudo me alertó de la llegada de ella. Gabi, alias “la pezones”. En cuanto me di la vuelta para encararla tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que mi vista se centrara en su rostro. Casi podría sacar un ojo a alguien con esas tetas de plástico. Y para no variar, se le notaban los pezones a través de la fina tela de su vestido blanco entallado.

—¡Cuánto me alegro de verte! —Sus brazos rodearon mi cuello y me acercó a ella haciéndome exhalar de golpe—. Te he echado tanto de menos.

Se separó de mí y antes de darme cuenta, sus labios se pegaron a los míos durante unos segundos. Se despidió alegremente y la perdí de vista entre la multitud.

Alguien palmeó mi hombro.

—¿Que tienen las mujeres con robarte besos? Me vas a tener que dejar la pasta de dientes que usas o los potingues que te echas en los labios —dice Cristóbal toqueteando mi boca y mirándome con ojo crítico.

Me alejé de él.

—No me pongo nada en los labios —gruño furioso por haberme dejado besar.

—Vamos, tenemos que poner las cervezas en frío o parecerá pis de burra —comenta David ya demasiado contento.

Posiblemente se debe a que iba por su quinta cerveza y eso que acabábamos de llegar.

—No me quedará mucho, solo beberé una y me marcharé —anuncio a Aarón que era el único a mi lado.

Él asiente sin decir una palabra.

Al cabo de un rato me veo a mi mismo mirando el horizonte. La luna se refleja en el mar creando un bonito cuadro frente a mí. El agua está tranquila y el olor a salitre me embriaga, haciéndome tranquilizar y dejar a un lado la música y el ajetreo a mi espalda. Sonrío cuando la imagen de Ari cruza mi mente fugazmente. «Me tiene loco esa niña».

Bebo el último sorbo de mi cerveza y de camino a la fiesta tiro el botellín a la papelera vacía. Por muy pijos que se dan, eran uno cerdos asquerosos. La playa amanecería llena de basura a éste paso.

Busco hueco entre la gente para empezar a buscar a mis amigos. Era hora de irme y no quería quedarme mucho más. Pero alguien me lo impidió en cuanto crucé la barahúnda de gente.

Gabi.

—Hola, preshiosho... ¿sabes que eshtas para comerte? —estaba tan borracha que casi no se mantenía en pie. Se sujetó a mi cuello como una garrapata—. Tengo la casha soliiita, podemos ir y hacer cosas guarras... —se rio al mismo tiempo que hipaba.

—No, gracias. Ya me iba.

Intento apartarla, pero ella lejos de irse, se acerca más a mí estrujando sus

enormes pechos contra mi torso.

Hace un puchero de lo más infantil.

—Nooooooo... no te vayaaaaass —suplicó manoseándome el pecho y abdomen.

Yo la agarraba de las manos intentando apartarla, pero ella seguía insistiendo hasta que volvió a intentar arremeter contra mi boca. Un puño se lo impidió.

—¡No pongas tus manos sobre él, nunca más, pedazo de puta!

El silencio se hizo sepulcral, solo escuchándose los alaridos de Gabi y los gruñidos de Ariadna. Hasta la música se paró. Mechones de cabello negro volaron en todas direcciones. Por un momento me quedé estático viendo la escena frente a mis ojos. Hasta que alguien me empujó y volví en sí. Agarré a Ari de la cintura alzándola del suelo para sacarla de allí. Gabi quedó sollozando en la arena agarrándose la cabeza con dolor.

La rubia pataleaba en mis brazos sin éxito, me cercioré de tenerla bien agarrada.

—¡Suéltame! ¡le romperé todos los huesos y reventaré sus tetas! —chilló moviéndose como una sanguijuela en mi hombro.

—No te solaré, Ari. Cálmate.

Llegué a un lugar lo suficiente alejado de la fiesta, y la solté en el suelo junto a la orilla. Tenía el pelo revuelto y la cara roja como un tomate. En cuanto sus ojos se posaron en los míos, mi mundo se paró. Dejándome hipnotizado y sin advertir el beso que se avecinaba. Sus dientes mordieron mi labio inferior con fuerza haciéndome jadear por la impresión. Me besó con furia y necesidad haciendo que mi cuerpo respondiera de la misma manera primitiva, a los pocos segundos. Acabamos recostados en la arena teniéndola debajo de mí, mientras mis manos se encargaban de reconocer su cuerpo casi por completo. Deleitándome en cada porción de piel descubierta, que me

permitía su ropa. Ella gemía y yo me tragaba sus gemidos haciéndome adicto. Solo se escuchaba el sonido de nuestras bocas, lenguas húmedas y una canción en el fondo.

No variamos el ritmo en todo lo que duró el beso. Fue pasional, necesitado y febril. Un beso furioso.

Capítulo 12

Recordando el primer beso



—Hombre... ya llegó el desaparecido.

Bufo ante la mala broma de Cristóbal y voy a la cocina a coger una cerveza bien fría. Estuve pensando en beberme una de éstas durante todo el día.

—¿Cómo fue tu día? —me dijo Aarón palmeándome la espalda.

Cogió otra cerveza y se sentó esperando una gran historia.

—Agotador, como siempre, Aarón. Necesito unas puñeteras vacaciones.
—me masajeo las sienes para ahuyentar el dolor de cabeza.

—Pensamos en ir al paseo Santa Grecia. Los chicos quieren merendar algo allí. ¿Vienes no?

—Claro. Me ducho para quitarme el maldito olor a pepperoni y bajo con ustedes.

Subo las escaleras haciendo un gesto hacia los demás. Todos ellos eran unos niños de papá y unos pijos. Aun vistiendo informal llevaban logos de las marcas más conocidas y caras. A diferencia de mí que por no llevar marca, no llevaba ni etiqueta.

En cuanto me metí bajo el agua de la ducha exhalé con fuerza. Aliviándome en el acto. Me lavé a conciencia sin dejarme un centímetro sin

enjabonar. Soy demasiado escrupuloso en lo que a higiene se refiere. Acaricio la parte de mi anatomía más preciada para mí y resoplo al sentir como me estaba excitando. «Joder, ¿hace cuánto que no follo?» Suspiro y me dejo de acariciar dejando a un lado esa necesidad.

No me satisface mucho que digamos, el darme placer yo mismo.

Terminé con mi ducha al mismo tiempo que David llamaba a mi puerta para darme prisa.

—Ya voy...

—Es la mejor hora para ir a ver a las gatitas haciendo footing.

Me reí y empecé a vestirme con unos vaqueros y una camiseta verde de manga corta. Cuando salí de la habitación David ya no estaba.

Bajé las escaleras y todos me estaban esperando en la puerta desesperados por salir.

—¿A qué viene tanta prisa?

Caminamos en dirección al coche Cristóbal que era el más grande y pusimos rumbo al paseo Santa Grecia. Donde según los chicos, había millones de tías buenas haciendo sus carreras. La verdad también me apetecía alegrarme la vista con un buen par de tetas bailando al ritmo de trote.

Antes de llegar, nos paramos en una gasolinera a comprar algo para picar. Montones de bolsas de papas y gomitas y algunos refrescos o bebidas energéticas.

Yo era adicto a las pipas con sal.

Aparcamos junto a un banco de piedra, justo en mitad del paseo. En cuanto salí del coche un par de chicas, las dos de pelo castaño y preciosas, corrieron paseo arriba, jadeando y dándonos el primer espectáculo de la tarde.

—Dios... ¿por qué coño no se nos ocurrió venir más veces? —dijo Cristóbal a punto de salir detrás de las dos chicas.

—Porque eres un baboso y las espantas. No hagas que te ate al asiento del

coche y te amordace.

—No sabía de ese fetiche tuyo tan sadomasoquista, Aarón —se burló David haciéndonos reír a todos menos al susodicho.

—No soy Sadomasoquista —se defendió en balde ya que no paramos de reír.

Cogí una lata de refresco y empecé a beber calmando mi sed repentina. Tenía una sensación rara en el cuerpo.

Mis amigos dejaron de hablar pero no les hice caso, seguro que era otra mujer corriendo paseo abajo. Me quedé mirando la etiqueta del refresco dándome cuenta de que tenía un montón de azúcar. ¿Por qué coño hacen éstas cosas con tanta...?

Todo pasó muy deprisa. Alguien me agarró de las mejillas haciéndome desviar la mirada de la lata y lo próximo que sentí fueron unos labios posarse en los míos. Suaves y calientes. Mi cerebro decidió irse de vacaciones al igual que mi cordura. No atinaba a hacer ningún movimiento. Y no sabía si era por el olor de aquella persona o por el sabor dulce, de esos suaves y juguetones labios.

Y de pronto ya no estaban. Ese calor me abandonó. La suavidad me abandonó. Y solté la respiración poco a poco antes de volver a la tierra de un fuerte golpe.

Mis amigos me señalaron y empezaron a vitorearme como si fuera el puto amo de todo. «¿Pero qué coño ha pasado?»

Entonces caigo en la cuenta. «Alguien me había besado. Me habían robado un beso». Doy media vuelta y lo último que capta mi visión, es un bonito culo revotando al ritmo de su trote y una melena rubia sujetada en lo alto, en una cola de caballo.

—¡Me cago en todo! —Maldice Cristóbal sacándome de mi estado idiota —. También podía pasarme eso a mí.

—¿Quién era? —pregunto sin dejar de mirar por donde ella se fue.

—Ni idea. Pero puedo decir que estaba muy, muy buena hermano —dice David palmeando mi hombro.

—¿Quién va por ahí robando besos, de todas maneras? —rebate Aarón tan simpático como siempre.

—Habría sido un flechazo. Y recíproco. Míralo como se ha quedado. —se ríe Cristóbal.

Y así es como me quedé colgado de una chica rubia sin rostro. De un beso robado que me supo a caramelo de fresa y a locura. Dulce y excitante locura.

FIN

Seguirme en mis cuentas:

Facebook: Fanny Ramírez

Instagram: Tfanny's